

PQ
8497
G6
P3
1966
v.1

UNIVERSITY OF ARIZONA



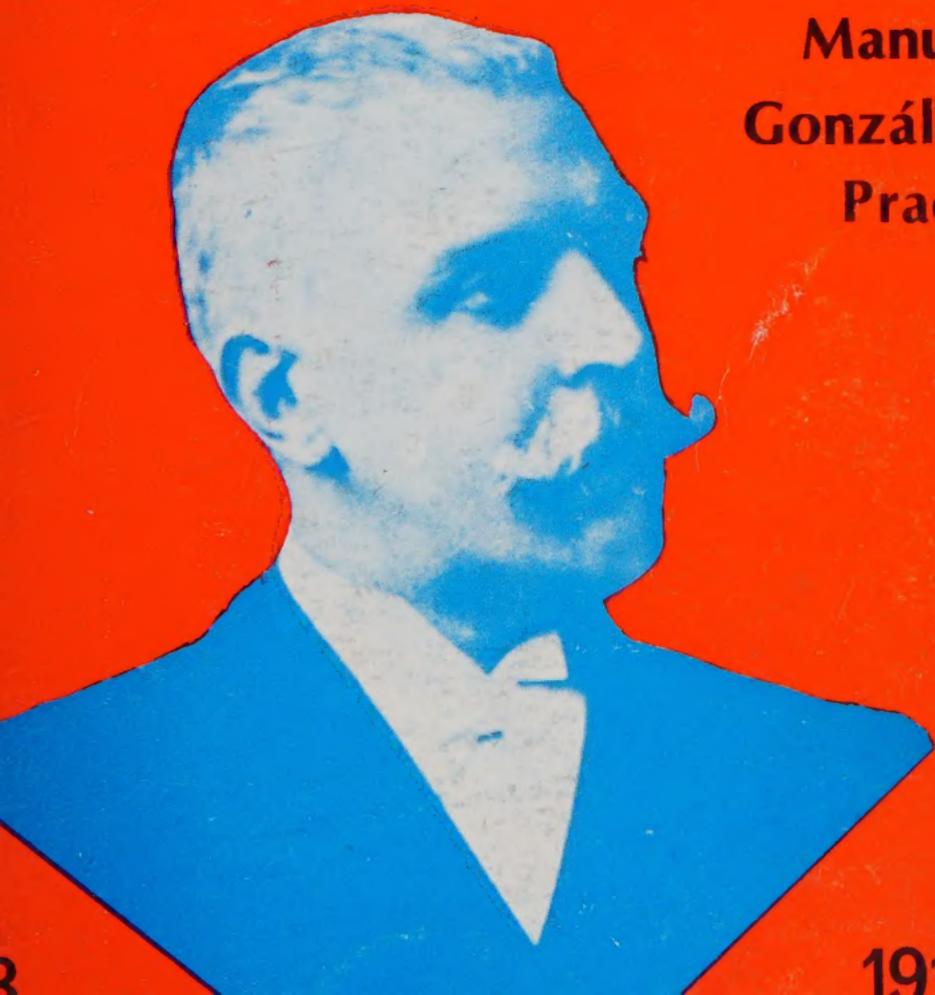
39001004162296

González Prada, Manuel.
Pajinas libres.



AJINAS LIBRES

**Manuel
González
Prada**



1918

Manuel González Prada

PQ
8497
G6
P3
1966
v. 1

PAJINAS
LIBRES

← FONDO DE CULTURA POPULAR

Edición comparada con todas las anteriores, respetando la originalidad ortográfica del autor y sus últimas correcciones a la obra.

Fondo de Cultura Popular

Lima — 1966

DE LOS EDITORES

En anteriores ediciones de HORAS DE LUCHA, del Fondo de Cultura Popular y Editores Latinoamericanos, expresé, sobre la obra de González Prada, que correspondía a la del viejo maestro de las nuevas generaciones del Perú. Que su innegable clarividencia atravesaba los cuartos de siglo dejando a la Historia la riqueza de su profecía laica en párrafos de concisión y elegancia superables. Aparentemente puede establecerse contradicción entre esta apreciación y el juicio del Maestro José Carlos Mariátegui, cuando asevera que "La ideología" de "Horas de Lucha" y de "Páginas Libres" es hoy, en gran parte una ideología caduca". En esto estamos absolutamente de acuerdo con el Guía de la juventud revolucionaria del Perú, y, lo que es más, plenamente identificados en su aseveración de que "lo duradero en la obra de González Prada es su espíritu". Además es que "los hombres de la nueva generación en González Prada admiramos y estimamos sobre todo, el austero ejemplo moral. Estimamos y admiramos, sobre todo, la honradez intelectual, la noble y fuerte rebeldía". Pero, lo más importante en todo esto es que la profundidad del pensamiento de Mariátegui ahonda hacia aquella notable realidad histórica en el sentido de considerar que "González Prada no reconocería en la nueva generación peruana una generación de discípulos y herederos de su obra sino encontraría en sus hombres la voluntad y el aliento indispensables para superarla".

De allí que nos pronunciamos también contra aquellos pseudo discípulos ya que aquel visionario no supo jamás de "oscuros maridajes mendicantes" ni de claudicaciones ideológicas y si bien es cierto que asumió una permanente **abstención** en la vida política del país lo es también que encabezó la vanguardia en la función de denuncia y de mensaje que la realidad exigía. Rufino Blanco —Fombona, en su Estudio Crítico a la obra de

González Prada dice, al respecto, lo siguiente: "Prada surge en el momento en que el país vencido por Chile, necesita un hombre tremendo con la boca llena de verdades y el pecho de resoluciones. Representa en el Perú de 1886 el papel que, más tarde, representara Joaquín Costa en la España de 1898: será el demolidor de lo pasado, el inyectador de energías, el sembrador de ilusiones —la voz de un amanecer". (Páginas Libres, Pág., LIX —Prólogo— Edit: Madrid: Biblioteca Andrés Bello).

Creemos, pues, que lo permanente en la obra de este genial combatiente está en el "destino que suscitó semejante profesor de entenas en el Perú de 1886, porque el Perú debía renovarse, conservarse para contribuir a la civilización de nuestra América".

Rogger Mercado

PRIMERA PARTE

CONFERENCIA EN EL ATENEO DE LIMA

Señores:

I

Si los hombres de jenio son cordilleras nevadas, los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con el deshielo de la cumbre.

Pero no sólo hai el jenio que inventa i el injenio que rejuvenece i explota lo inventado; abunda la mediocridad que remeda o copia. ¡Cuánta mala epopeya originaron la **Iliada** i la **Odisea**! ¡Cuánta mala tragedia las obras de Sófocles i Eurípides! ¡Cuánta mala canción las odas de Píndaro i Horacio! ¡Cuánta mala égloga las pastorales de Teócrito i Virgilio! Todo lo bueno, todo lo grande, todo lo bello, fue maleado, empequeñecido i afeado por imitadores incipientes.

Siglos de siglos persistió la monomanía de componer variaciones sobre el tema greco-latino, y hubo en la literatura una Roma falsificada i una Grecia doblemente hechiza, porque todos miraban a los griegos con el cristal romano. Muchos quisieron seguir fielmente las huellas de latinos i helenos ¡como si tras del hombre sano i fuerte pudiera caminar el cojo que vacila en sus muletas o el hemipléjico que s'enreda en sus mismos pies!

La imitación, que sirve para ejercitarse en lo ma-

como esmerado debe considerarse como el arte mismo ni como su primordial objeto. Imitar equivale a moverse i fatigarse en el wagón de un ferrocarril: nos imaginamos realizar mucho i no hacemos más que seguir el impulso del motor.

En literatura, como en todo, el Perú vivió siempre de la imitación. Ayer imitamos a Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba, i hoy continuamos la serie de imitaciones con Heine i Bécquer en el verso con Catalina i Selgas en la prosa. Como Bécquer escribió composiciones poéticas de cortísimo aliento, i Selgas artículos no muy largos en frases diminutas i algo bíblicas, va cundiendo en el Perú el gusto por las rimas de dos cuartetas asonantadas i l'afición al articulado erizado de antítesis, **concetti** i **calembours**, que es decir, entramos en plena literatura frívola.

II

Severo Catalina poseía sensibilidad exquisita, claro talento i vasta erudición. Hebraizante, con fe ciega en los dogmas del Catolicismo, salió a refutar la **Vida de Jesús**, cuando se había hecho moda romper lanza con Renán. Pasada la moda, se hundieron en el olvido las refutaciones con refutadores, i Catalina sobrenada hoy no por la **Contestación** a Renán, sino por el libro **La Mujer**, que muy joven dió a luz con un prólogo de Campoamor.

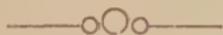
En **La Mujer**, Catalina descubre miras opuestas a Balzac; pero no encierra el meollo de Aimé-Martin ni el generoso espíritu de Michelet. El libro ensalza tanto al bello sexo i despide un olor tan pronunciado a mistificismo, que parece escrito con polvos de rosa disueltos en agua bendita. Obras con semejante índole entretienen a los dieciocho años, hacen sonreír a los veinticin-

co e infunden sueño a los treinta. No deben tomarse a lo serio, sino como el ditirambo de un seminarista que no ha perdido la gracia virjinal.

Ahí, la frase asmática de Saavedra Fajardo alterna con el período héptico del mal Quevedo, del que maneja la pluma en horas menguadas. De cuando en cuando relampaguea el espíritu de un Lamennais correjido y espurgado por la Congregación del Indice.

En sus obras posteriores a **La Mujer**, Catalina cambia de forma, pero no de fondo: abandona el estilo claudicante para valerse del período inacabable i lánguido de Mateo Alemán; pero continúa encorvándose bajo el yugo de la Fe, sin conocer las tormentas de la duda ni subir a las cumbres de la Razón.

Si con ninguno de sus escritos logra convencer al que niega ni afianzar al que vacila, tampoco inflama a los ni causa repulsión, porque en todas las frases revela al creyente sincero i al hombre de corazón leal. En sus obras trasciende la melancolía, ese vago presentimiento, ese algo triste de los hombres destinados a morir jóvenes.



A Catalina siguió José Selgas i Carrasco. Después de publicar dos colecciones de versos, la **Primavera** y el **Estío**, Selgas descuidó la poesía i se lanzó denodadamente a la prosa.

Con erudición superficial i de segunda mano, con citas copiadas de controversistas franceses, emprende una cruzada contra Ciencia i civilización modernas. Se manifiesta agresivo, cáustico, mordaz, sangriento, i como todo hombre fácil en atacar, no sabe defenderse ni resistir cuando se ve acometido. Sirviéndose de armas que no maneja bien, trata de fulminar golpes mortales, y deja todo el cuerpo a merced del enemigo. Aunque

algunas veces aturda, jamás derriba, porque sus argumentos recuerdan los ruidosos pero inofensivos golpes con vejiga llena de aire. Estrechando mucho, s'escurece como Voltaire, disparando un chiste.

Prescindiendo aquí de las ideas trasnochadas i re-calitrantes, sería injusto negar a Selgas un ingenio móvil, sutil i penetrante: acaso no hai hombre más paradoja! en España. N'obstante afanándose en rayar por agudo, peca más de una vez por incomprendible. Como abusa de l'antífrasis, no sabemos si habla con seriedad o se burla de nosotros.

En él no hai sucesión lógica de juicios, sino agrupamiento de ideas por lo jeneral inconexas. Puede tijeretearse por acá pites cualquier escrito de Selgas, introducirse los retazos en una bola de lotería, sacarles i leerles, con probabilidad de obtener un nuevo artículo. No posee la concentración, el mucho en poco, i lejos de arrojar centigramos de oro en polvo, descarga lluvias de arena. Selgas parece un Castelar desmenuzadõ i teñido de carlista.

En el estilo, asmático entre los asmáticos, fatigoso con los retruécanos, aburre con las antítesis, desconcierta con el rebuscamiento. Según la espresión de Voltaire, "pesa huevos de hormiga en balanzas de telaraña". No se le debe llamar domador de frases, sino martirizador de vocablos. Juega con palabras, como los prestidijitadores japoneses con puñales; i estrahe del tintero líneas i más líneas de frases cortas i abigarradas como los embaucadores de ferias se sacan del estómago varas i más varas de cintas angostas i multicoloras.

A más de ambiguo, flaquea por amanerado, des cubriendo en cada jiro al escritor ganoso de producir efecto. Quiere manifestar ingenio hasta en la colocación de signos ortográficos. Imposible leerle de seguido: la lectura de Selgas parece ascensión fatigosa por

interminable i oscura escalera salomónica: esperamos ráfagas de luz, momentos de tomar descanso; pero descanso i luz no llegan.

Nunca va en línea recta hacia el asunto, sino trazando curvas o ángulos, i retorciéndose i, ovillándose; de molo que cuando nos le figuramos mui lejos de nosotros, se divierte en hacer cabriolas a nuestras espaldas. Como personaje de comedia mágica, se oculta en las nubes, i de repente asoma por un escotillón. Selgas, en fin, sube a la cuerda floja, da saltos mortales, realiza prodijios i agilidad, hasta que pierde el equilibrio, suelta la vara i cae sobre los espectadores.



Tales son en bosquejo Catalina i Selgas, prosadores sin lejitima orijinalidad, pues se d'erivan de los gaceteros parisienses. Viértanse al francés los artículos de Catalina y Selgas (si Selgas puede traducirse), publíquense las versiones en cualquier diario del Sena, i pasarán confundidas entre las mil i mil producciones de los innumerables escritores franceses.

III

¿Quién es Heine, quién el hombre que funda escuela en Alemania, se populariza en Francia, penetra en Inglaterra, invade Rusia, se hace traducir en el Japon i viene a ejercer irresistible propaganda en América i España? Nadie caracteriza con más precisión a Enrique Heine que él mismo cuando se llama "un rruiseñor alemán "anidado en la peluca de Voltaire", pues amalgama el sentimiento jermánico de un Schiller con la chispa francesa de un Rabelais.

Aunque artista consumado, no produce con sereni-

dad i pulso firme de pintor que ilumina cuadros, sino con dolores de mujer que alumbró un niño. Su poesía vaso de hiel con bordes azucarados, como lo declaró en **Atta Troll**, "frenesí encaminado por la cordura, prudencia que desvaría, quejidos de moribundo que repentinamente se transforman en carcajadas".

Como piensa con el cerebro de Mefistófeles i siente con el corazón de Fausto, su ironía se acerca a lo satánico i su sensibilidad se roza con lo paradisiaco. La mujer le infunde ternuras de madre i lascivias de sátiro; su amor no se parece al lago azul en que se refleja el cielo, sino el torrente que huye hacia el mar, recogiendo el arroyuelo de las montañas i el albañal de las ciudades.

No le creemos cuando nos diga que "sólo amó verdaderamente a muertos i estatuas"; por el contrario pensemos que debió repetirnos como el antiguo **minnesänger**: "Yo me alimenté del amor, esa médula de la vida". Nació con asombrosa precocidad de sentimientos. Niño, recitaba en la fiesta de un liceo el **Buzo** de Schiller; mas de pronto enmudece i queda como petrificado: sus ojos se habían fijado en los ojos azules de una hermosa joven. Amó con delirio a su prima Molly Heine i conservó siempre un cariño entrañable a su madre. Verdad que una i otra no escapan a los dardos de su ironía, como no se liberaba ni él mismo, porque era propio de Heine velar con un chiste sus pasiones, disimular con una risotada sus dolores; como la heroína del cuento, baila con un puñal en las entrañas; como Voltaire, está con una pierna en la tumba i hace piruetas con la otra.

Odió con toda su alma. Casi moribundo, teniendo que levantarse los párpados para ver, escribe sus memorias i esclama en un arranque de regocijo febril: "Lo he cojido. Muertos o vivos no se m'escaparán ya. ¡A

"del que lea estas líneas, si osó atacarme! Heine no muere como un cualquiera, i las garras del tigre sobre-
"vivirán al tigre mismo".

L'audacia de Heine parecerá increíble a quien no esté familiarizado con la llaneza infantil de los autores alemanes; pocos habrán escrito rasgos más atrevidos ni valientes. A nadie respeta: zahiere a Schlegel, Hegel i Boerne, arremete contra Goethe, no perdona poeta de Suevia, se ríe socarronamente de Madame Stael, moteja a Ballanche, llama a Villemain "un dómine ignorante", a Chateaubriand "un loco lúgubre", a Víctor Hugo "un hombre jorobdo moralmente".

Prusiano, escarnece a Prusia i se mofa de la vieja Alemania i del antiguo i buen derecho glorificado por Uhland. Poco después que Arndt había cantado la formación de la patria jermánica, tibias aún las cenizas de Koerner, Heine lleva el descaro hasta celebrar en los **Dos Granaderos** l'apoteosis de Napoleón Bonaparte, el hombre de Jena i Tilsitt. Nunca hizo gala de patriota, i un sólo país amó invariablemente, Francia, donde vivió gran parte de su vida, donde contrajo matrimonio, donde exhaló el último suspiro. En una carta dirigida a su amigo Christian Sethe por los años de 1822, escribía ya: "Todo lo alemán m'es antipático, i tú eres alemán por desgracia. Todo lo alemán me produce efecto vomitivo. "El idioma alemán me destroza las orejas".

En nada cree, salvo perfidia i belleza de la mujer amada. "Yo no creo en Diablo, infierno ni penas infernales; sólo creo en tus ojos i en tu corazón diabólico". Llama a los dioses del Cristianismo "zorros con piel de cordero", al Catolicismo el "período mórbido de la Humanidad". Para todas las religiones tuvo siempre la carcajada de Voltaire, i aunque judío de nacimiento i luterano de conveniencia o capricho, sólo rindió culto literario a las divinidades griegas. Enfermo, acometido

ya de la parálisis, recorre las galerías del Louvre i no vuelve los ojos a las madonas de los pintores italianos, sino que vertiendo lágrimas como un pagano del siglo IV, cae de rodillas ante la Venus de Milo.

La originalidad de Heine estriba en el modo cómico serio de sentir, en la independencia de pensar i en la franqueza d'espresarse; su forma no revela nada superior a Goethe ni a Schiller aunque se manifiesta más armonioso que Tieck más conciso que Rückert, más plástico que Uhland. El mismo confeso que en su **Intermezzo lírico** había imitado la cadencia de los **lieder** compuestos por Wilhelm Müller que antes de aprender en las obra de Wilhelm Schlegel los secretos de la métrica había cedido al influjo del canto popular germánico. I tuvo razon: anteriormente a Wilhelm Müller, anteriormente a Goethe el **lied** existía con toda su frescura, con toda su sencillez, con toda su flexibilidad. Remontándose hasta l'**Antología Griega**, se ve que muchos epigramas helénicos tienen todos los caracteres del **lied** germánico. Algunas composiciones del **Intermezzo lírico**, del **Regreso** i de la **Nueva Primavera**, figurarían sin desdoro junto a los epigramas de Meleagro, Rufino i Pablo el Silentario.

Mas, nada tan inexacto como calificar a Heine de griego; no pasa de un greco-alejandrino que viajó por Asia leyó a Luciano i hojeó la **Antología** de Meleagro. El buen gusto helénico no abunda en Alemania; si las obras de los griegos parecen un ordenado parque inglés, las obras de los alemanes semejan un bosque virgen de América, donde no se penetra sin brújula ni machete. Heine, dotado de inspiración nómada i cosmopolita, coje sus argumentos donde los encuentra; pasa de la Biblia al Shah-nameh, del Shah-nameh al Ramayana, del Ramayana al Edda escandinavo i del Edda escan-

dinavo a los romanos castellanos, a las baladas escocesas o a los **flabiaux** franceses.

Poeta i alemán, cede a l'atracción de Goethe, así como ningún filósofo germánico resiste a la influencia de Kant. Heine sigue al cantor de **Fausto**, como Schopenhauer al filósofo de **Crítica de la Razón pura**. Cuando los hombres como Kant i Goethe golpean la Tierra con generaciones enteras ceden al movimiento de trepidasus plantas, el suelo retiembla por tan largo tiempo que ción.

Sin embargo, entre la nube de poetas que desde principios del siglo surjieron en Alemania, Enrique Heine se dibuja como una personalidad: se distingue de todos, no se confunde con ninguno. L'acritud de su carácter, la hiel de sus versos, debe atribuirse, más que a nativa malignidad, a las contrariedades de su vida, a su amor desgraciado, a sus continuas enfermedades, a la parálisis que años enteros le clavó en el lecho hasta victimarle en 1856. Célebre por sus cantos, es más célebre por sus dolóres.



Pasar de Heine a Bécquer vale ir de maestro a discípulo que funda escuela. El pintor i poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer murió en la plenitud de la vida, sin haber podido encerrar en la tela ni el libro todas las creaciones fantásticas que revoloteaban en su cerebro.

De justa popularidad disfruta hoi en España i América, i su influencia literaria s'estiende con la rapidez de una corriente eléctrica. Mientras muchos no salen de la oscuridad aunque publiquen largos poemas i voluminosas novelas, él, con unos cuantos versos i unas cuantas leyendas, se coloca en primera línea, se granjea reputación universal.

Bécquer va germanizando la poesía castellana, como Meléndez Valdés, Cienfuegos y Quintana la afrancesaron, como Boscán i Garcilaso la italianizaron. Con sus ideas sencillas, con sus sentimientos sinceros i particularmente con su expresión parca i hasta económica, se levanta como un revolucionario para reaccionar contra la intemperancia verbosa de los poetas españoles.

Imita sin perder la individualidad; su obra no consiste en traducir con infiel maestría versos de poetas germánicos, sino en dar al estilo la simpleza, la inenuidad, la transparencia, la delicada ironía en una palabra, todo el sabor del lied alemán. No tiene composiciones que recuerden **La Romería de Kevlaar**, **La Maldición del Poeta** o **La Novia de Corinto**; pero Heine, Uhland i Goethe no escribieron un lied semejante a la última rima:

**En la imponente nave
Del templo bizantino
Vi la gótica tumba a la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.**

En algunas ideas parece alemán legítimo, se penetra del espíritu germánico, ve a la mujer como la venj los alemanes, i si por rezagos místicos se aparta de Heine, por el idealismo se roza con los poetas de Snevia.

Cuando escribe:

**Es una estatua inanimada... pero...
¡Es tan hermosa!**

descubre al discípulo Heine, al amante del **Intermezzo lírico**; cuando esclama:

**¡I entonces comprendí por qué se llora!
¡I entonces comprendí por qué se mata!**

deja traslucir al español de buena raza, al hombre que lleva en sus venas sangre de **García del Castañar** y del **Alcalde de Zalamea**. De su viaje ideal por la tierra de Hermann i Thusnelda regresa con la melancolía, esa flor nacida en las nieves del Norte i forma la fusión agradable i estraña de andaluz con alemán.

Gracias, tal vez, al buen gusto de su editor i biógrafo, Bécquer se presenta con leve pero rico bagaje literario i logra escapar al defecto que Heine reconoció en sus propias obras, la monotonía. Cansa leer de seguido el **Intermezzo**, el **Regreo** i la **Nueva Primavera**, por la repetición de lo mismo con diferentes palabras, mientras se lee i se relea con incesante deleite la diminuta colección de **Rimas**. ¿Qué poeta o aficionado no las sabe de memoria?

Menos irónico i amargo que Heine, tan melancólico i apasionado, el poeta español se distingue del alemán por un tinte de resignación i bondad. Bécquer, herido en el corazón por mano de una mujer, desea curarse con algún bálsamo, se cubre de vendas i aguarda en la misericordia de algo superior al hombre; todo lo contrario de Heine que rasga las ligaduras de su herida, verte agua corrosiva en la carne irritada, i levanta los puños amenazando a Tierra i Firmamento. Las composiciones de ambos tienen "un dejo de lágrimas i de amor"; pero en las Rimas no hai ese abuso de caídas epigramáticas ni esas continuas carcajadas sardónicas que en el autor del **Intermezzo** dejeneran en una especie de **tic** nervioso. Aternuada, pues, algo tibia i, por decirlo así, más resistible a los ojos españoles, viene la inspiración de Heine después de incidir en el cerebro de Bécquer.

La estudiada negligencia en el lenguaje, la rima generalmente asonantada, el ritmo suave aunque un tanto descuidado, hacen de Bécquer un versificador **sui generis**. No presenta novedades en la estrofa ni en el verso,

como las presentan Iriarte, Espronceda, Zorrilla, l'Aven-
laneda i Sinibaldo de Mas; pero en lo antiguo ha mar-
cado el sello de su individualidad. L'asonantada estro-
fa de cuatro versos, el heptasílabo i el endecasílabo di-
rán: por aquí pasó Bécquer.

Tiene a veces la ternura de Lamartine i recuerda
la forma escultural i pictórica de Théophile Gautier. Al-
gunas de sus composiciones esencialmente gráficas, pa-
recen bultos de mármol o telas de colores. I hace mu-
cho con poco trabajo, bastándole unos cuantos malle-
tazos o pinceladas para que la estatua surja del bloque
o la figura se destaque del lienzo.

En prosa imita los Feischl'der o Cuadros de Viaje
del mismo Heine, i aunque en algunas ocasiones nos
abruma con arquitecturas, como Víctor Hugo en **Nuestra
Señora de París**, sujere la idea de un Juan Pablo sin
nebulosidades de Selva negra o de un Hoffman sin hu-
mo de papa ni espuma de cerveza. Sus leyendas resis-
ten el paralelo con **Trilby** de Nodier.

Tanto en verso como en prosa, oculta su arte con
maestría sin poner en contradicción al hombre con el
escritor; en sus obras palpamos la vida, sentimos los es-
tremecimientos de los músculos i las vibraciones de los
nervios. Posee, como ninguno, el don raro i envidiable
de hacerse amar por sus lectores.

Heine i Bécquer aparecen, pues, como maestro y
vulgarizador del jermanismo en España. Vulgarizador,
no iniciador, debe llamarse al poeta de las **Rimas**, por-
que antes dél se presentan con tendencias a la imita-
ción alemana, Barrantes en las **Baladas españolas** (1853),
Augusto Ferrán en la **Soledad** (1860) i Ventura Ruiz A-
guilera en el **Dolor de los Dolores** (1862). Pero estos jer-
manistas vinieron temprano, mientras Bécquer asomó
en el instante propicio, cuando todos volvían los ojos a
Prusia rodeada con el prestigio de sus victorias, cuando

el Imperio Alemán acababa de ser proclamado en el castillo de Versailles.



Los que interpretan majistralmente a los alemanes imprimen el cuño español en el oro del Rhin; pero los que traducen al Heine de las traducciones francesas, los que imitan o calcan a Bécquer ¿se penetran del espíritu germánico? Caminan a tientas, imitan i calcan por imitar i calcar; no merecen el calificativo de germanistas o germanizantes, sino de teutomaníacos. Sustituyen mal con mal: cambian el intimismo lacrimoso, dejeneración d'Espronceda i Zorrilla, con el individualismo nebuloso, dejeneración de Schiller i Heine.

A más de la poesía subjetiva del **Intermezzo lírico**, abunda en Alemania la poesía objetiva de las baladas. ¿Por qué los germanistas castellanos no aclimatan en su idioma el objetivismo alemán? ¿Por qué no toman el elemento dramático que predomina en las baladas de Bürger, Schiller, Uhland i muchas del mismo Heine? Ya que nuestra poesía carece de perspectiva, relieve, claroscuro i ritmo ¿por qué los poetas no estudian la forma arquitectónica, escultural, pictórica i musical de Goethe? Sí, Goethe, a pesar de su frialdad marmórea (frialdad explicable por el dominio del ingenio sobre la inspiración), tiene l'avasalladora fuerza del ritmo, i en sus versos parece realizar imposibles como un'arquitectura en movimiento, como una música petrificada, como una pintura con palabras.

Hai que repetirlo, se imita sin saber cómo ni para qué. De la propensión extravagante a remedar inconsiderablemente, brotan innumerables composiciones híbridas. Al chubasco de las doloras, a la inundación de los sonetos, sigue hoy la garúa de las poesías homeopáticas y liliputienses. ¿Qué periódico literario de América

o España no encierra dos cuartetas asonantadas, con el indispensable título de **rima, imitación de un lied o becquerismo?**

¡Qué disgusto i hastío no prueba uno al encontrarse con esos abortos embrionarios o monstruos bicéfalos, después de saborear el desbordamiento lírico de un Lamartine o la exuberancia épica de un Víctor Hugo! Si la poesía castellana tiene que reducirse a inepticias i variedades propinadas en dosis infinitesimal, renunciemos de una vez a poetas i versos.

IV

Si refranes i cantos populares revelan el nacimiento de las literaturas, las composiciones alambicadas i pequeñas dan indicios de agotamiento i caducidad. El hombre anda con pasos cortos en la infancia i en la vejez. La decadencia se denuncia en el gusto por las bagatelas, no en el naturalismo de un prosador como Zola ni el ateísmo de un poeta como Richepin.

Hai escritos en que el período breve o sentencioso cuadra bien, y nadie se disgusta con las **Máximas** de un Vauvenargues ni con los **Pensamientos** de un Joubert. ¿A quién no agradan el tono bíblico i el paralelismo hebreo de un Lamennais? Las pasiones violentas, los pensamientos delicados, las descripciones a vuelo de pájaro, exigen una poesía de corta dimensión; de ahí que en Grecia todos los escritores proporcionen materiales a **l'Antología**, desde Homero hasta Platón. Los sonetos entran por miles en Lope de Vega, un madrigal redime del olvido a Gutierre de Cetina i los epigramas de ocho versos popularizan el nombre de Iglesias. Pero las composiciones fujitivas de los verdaderos poetas son chispas de brillantes o frisos de mármol pentélico, mientras las cuartetas asonantadas de los becqueristas

son fragmento de sustancias opacas i amorfas. Las **ri-
mas** distan un paso de los acrósticos, charadas, enig-
mas, logogrifos, laberintos i demás productos de las in-
telijencias que tienen por única actividad el bostezo.

En el orden físico, lo mui pequeño escapa de los
cataclismos merced a su organización tenaz i relativa-
mente perfecta, i en literatura, lo mui corto i mui bue-
no vive mucho. Donde parecen la historia i el poema,
se salvan el cuento i la oda. Las producciones disminu-
tas exigen un pensamiento orijinal i un estilo en armo-
nía con el asunto: la forma da el mérito; n'olvidemos
que sólo por la forma, el carbono se llama unas veces
carbón i otras veces diamante.

Si el pensamiento rasa con lo vulgar, si el estilo
carece de plasticidad ¿qué nos ofrecen los escritores ga-
lojermánicos en su prosa asmática i en su verso micros-
cópico? La exiguidad en la producción i denota econo-
mía de fuerzas o impotencia? Las rocas producen liquen
porque no tienen sustancia para nutrir al cedro. Los que
gozamos con la prosa i el verso de los maestros pode-
mos alimentarnos con médula de leones ¿por qué so-
meternos al réjimen de los dispépticos, a dieta medida?
Si las naciones d'Europa figuran como los grandes pa-
quidermos del reino intelectual, no representemos en el
Perú a los microbios de la literatura.

La improvisación pertenece a tribuno i diario. A
oradores i periodistas se les tolera el atropellamiento
en ideas, la escabrosidad en estilo i hasta la indispli-
na gramatical. Verdad que en lo improvisado se crista-
liza muchas veces lo mejor i más orijinal de nuestro in-
jenio, algo como la secreción espontánea de la goma
en el árbol; pero, acostumbrándonos al trabajo incorrec-
to i precipitado, nos volvemos incapaces de componer
obras destinadas a vivir. Lo que poco cuesta, poco du-
ra. Los libros que admiran i deleitan a la Humanidad,

fueron pensados i escritos en largas horas de soledad i recogimiento, costaron a sus autores el hierro de la sangre i el fósforo del cerebro.

Cierto que el mundo avanza y avanza: en la vorágine de las sociedades modernas, nos sentimos empujados a vivir lijeramente, a pasar desflorando las cosas; n'obstante, disponemos de ojos para leer una novela de Perez Galdós o presenciar un drama de García Gutiérrez. Felizmente, no ha sonado la hora de reducir el verso a seguidillas y la prosa a descosidos telegramas. Discernimos todavía que entre un centenar de **rimas** seudo-germanicas: una poesía de Quintana o Núñez de Arce, hai la distancia del médano al bloque de mármol. Sabemos que entre la prosa cortada, intercadente i antifonal: la prosa de un verdadero escritor no cabe similitud, pues una sucesión de párrafos sin trabazón, desligados, incoherentes, no constituye discurso, así como no forman cadena las series de anillos desabracados i puestos en fila.

No imaginéis, señores, que se desea preconizar la prosa anémica, desmayada y heteróclita, que toma lo ficticio por natural, el énfasis por magnificencia, la obesidad por robustez; la prosa de inversiones violentas, d'exhumaciones arcaicas i de purismos seniles; la prosa de relativos entre relativos, de accidentes que modifican accidentes i de períodos incommensurables i sin unidad; la prosa inventada por académicos españoles que tienden a resucitar el volapuk de la época terciaria; la prosa imitada por **correspondientes** americanos que en Venezuela i Colombia están modificando la valerosa i progresiva lengua castellana.

Entre la lluvia de frases que se ajitan con vertiginoso revoloteo de murciélago i l'aglomeración de períodos que se mueven con insoportable lentitud de serpiente amodorrada, existe la prosa natural, la prosa

griega, la que brota espontáneamente cuando no seguimos las preocupaciones d'escuela ni adoptamos una manera convencional. Sainte-Beuve aconseja que "se haga lo posible para escribir como se habla", i nadie s'espresa con períodos elefantinos o desmesurados. Recapacitándolo con madurez, la buena prosa se reduce a conversación de gentes cultas. En ella no hai afeites, remilgamientos ni altisonancias: todo fluye i se desliza con llaneza desenfado i soltura. Los arranques enérgicos sirven de modelo en materia de sencillez o naturalidad, tienen el aire de algo que se le ocurre a cualquiera con sólo cojer la pluma.

La llamada vestidura majestuosa de la lengua castellana consiste muchas veces en perfollo de lugareña con ínfulas de señorona, en pura fraseología que pugna directamente con el carácter de la época. El público se inclina siempre al escrito que nutre, en vez de sólo hartar, i prefiere la concisión i lucidez de un Condillac a la difusión i oscuridad de un bizantino. Quien escribe hoi i desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser par'adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas.

Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico, pensador retrógrado. Ningún autor con lenguaje aviejado, por más pensamientos juveniles que emplee, logrará nunca el favor del público, porque las ideas del siglo injeridas en esulo vetusto recuerdan las esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto: preservan de la fermentación cadavérica; pero no comunican lozanía, calor ni vida. Las razones que Cervantes i Garcilaso tuvieron para no espresarse como Juan de Mena o Alfonso el Sabio nos asisten hoi para i.o escribir como los hombres de los siglos XVI i XVII.

Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar a la

forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño ni con regresar al pecho de las nodrizas. Platón decía que "en materia de lenguaje el pueblo era un excelente maestro". Los idiomas se vigorizan i retemplan en la fuente popular, más que en las reglas muertas de los gramáticos i en las exhumaciones prehistoricas de los eruditos. De las canciones refranes i dichos del vulgo brotan las palabras originales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes transforman las lenguas, como los ríos modifican los continentes.

El purismo no pasa de un'afectación, i como dice muy bien Balmes, "la afectación es intolerable i la peor es la afectación de la naturalidad". En el estilo de los puristas modernos nada se dobla con la suavidad de un'articulación, todo rechina i tropieza como gozne desengrasado i oxidado. En el arte se descubre el artificio. Comúnmente se ve a escritores que en una cláusula emplean todo el corte gramatical del siglo XVII, i en otra varían de fraseo i cometen imperdonables galicismos de construcción: recuerdan a los pordioseros jóvenes que se disfrazan de viejos baldados, hasta que de repente arrojan las muletas i caminan con ajilidad i desembarazo.

Los puristas pecan también por oscuros; i donde no hay nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto. Cuando los pensamientos andan confundidos en el cerebro, como serpientes enroscadas en el interior de un frasco, las palabras chocan con las palabras, como lima contra lima. En el prosador de largo aliento, las ideas desfilan bajo la bóveda del cráneo, como hilera de palomas blancas bajo la cúpula de un templo, i períodos fáciles suceden a períodos naturales, como vibraciones de lámina de bronce sacudida por manos de un coloso.

El escritor ha de hablar como todos hablamos, no como un Apolo que pronuncia gráculos anfibolójicos ni como una esfinge que propone enigmas indescifrables. ¿Para qué hacer gala de un vocabulario inusitado y extravagante? ¿Para qué el exajerado lujo en los modismos que imposibilitan o dificultan mucho la traducción? ¿Para qué un lenguaje natural en la vida i un lenguaje artificial en el libro? El terreno del amaneramiento i ampulosidad es ocasionado a peligros: quien vacila como Solís, puede resbalar como el Conde de Toreno i caer como frai Jerundio de Campazas.

Ni en poesía de buena lei caben atildamientos pueriles, retóricas d'estudiante, estilo enrevesado ni trasposiciones quebradizas: poeta que s'enreda en hipérbaton forzado hace pensar en el viajero que rodea en busca de puente, porque no encuentra vado i se intimida con el río. Toda licencia en el verso denuncia impotencia del versificador. Moliere tiene derecho a llamarse el poeta cómico de los tiempos modernos, i ¿en qué se distingue el verso de Moliere? Frai Luis de León brilla entre los mayores poetas líricos d'España, i ¿en qué se distingue el verso de frai Luis de León? "Repito," esclama Hermosilla, que en los mejores versos de Garcilaso, Herrera, aunque fué más atrevido, los Argensolas, Rioja y demás, no hay arcaísmo ni licencias, ni las necesitan para bellísimos, como en efecto lo son".

Media enorme distancia entre versificador i poeta: el versificador muele, tamiza i espolvorea palabras; el poeta forja ritmos como los Cíclopes majaban el hierro, i arroja ideas grandiosas como los Titanes fulminaban peñascos. Los maestros claudican también: Víctor Hugo i Quevedo son antitéticos; Goethe i Dante, secos i oscuros; Lamartine, pampanoso; Lope de Vega, incorrecto; Calderón, gongórico; Quintana, hinchado; Campaamor; prosaico; pero ninguno incurre en afeminamien-

tos caen a veces como gladiador fatigado, nunca se desmayan como cortesano sin virilidad.

V

Góngora, Cienfuegos i Zorrilla, tres pecadores impenitentes de la literatura castellana, pero también tres verdaderos poetas, dan ejemplo de innovadores i hasta revolucionarios. Algo semejante realizan en las sagas nacionales los autores del **Romancero**; en la novela, Cervantes; en el teatro, Lope de Vega, Calderón i Echegaray. Se diría que los ingenios españoles llevan en sus entrañas todo el calor i toda la rebeldía de los vientos africanos, Bárbaros si se quiere, pero bárbaros libres. Por eso el clasicismo de Racine y Boileau no pudo arraigar en España, que se manifestó romántica con Lope de Vega i Calderón, antes que Alemania con Tieck i Schlegel, antes que Francia con Madame Stael i Chateaubriand. España tuvo por lei: ortodoja en religión, heterodoja en literatura.

Basados, pues, en la tradición de independencia literaria, que puede remontarse hasta los poetas ibérico-latinos como Séneca i Lucano, dejemos las andaderas de la infancia i busquemos en otras literaturas nuevos elementos i nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontanas i monárquicas prefiramos el espíritu libre i democrático del Siglo.

Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual d'España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez. Del español nos separan ya las influencias del clima, los cruzamientos etnográficos, el íntimo roce con los europeos, la educación afrancesada i 64 años de tempestuosa vida re-

publicana. La inmigración de los extranjeros no viene al Perú como ráfaga momentánea, sino como atmósfera estable que desaloja a l'atmósfera española i penetra en nuestros pulmones modificándonos física i moralmente. Vamos perdiendo ya el desapego a la vida, desapego tan marcado en los antiguos españoles, i nos contamos con la tristeza jembunda que distingue al indijena peruano. .

No hablamos hoi como hablaban los conquistadores: las lenguas americanas nos proveen de neologismos que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por espresar ideas esclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos a eludir la **n** en partícula **trans**, i a cambiar por **s** la **x** de la preposición latina **ex**, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores, el que habla en este momento ¿qué sería en alguna academia de Madrid? Casi un bárbaro, que pronuncia la **ll** como la **y**, confunde la **b** con **v** i no distingue la **s** de la **z**, ni de la **c** en sus sonidos suaves.

Cien causas actúan sobre nosotros para diferenciar-nos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América i del siglo XIX seamos americanos i del siglo XIX. I no tomemos por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna i de nuestra flora o la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorológicos, en lenguaje saturado de provincialismo ociosos i rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo en todas partes), como en la sincera espresión del yó i en la exacta figuración del medio social. Valmiki i Homero no valen porque hayan

descrito amaneceres en el Ganjes o noches de luna en el Pireo, sino porque evocan dos civilizaciones muertas.

Inútil resultaría la emancipación política, si en la forma nos limitáramos al exagerado purismo de Madrid, si en el fondo nos sometiéramos al **Syllabus** de Roma. Despojándonos de la tendencia que nos induce a preferir el follaje de las palabras al fruto de las ideas, i el repiqueteo del consonante a la música del ritmo, pensemos con la independencia germánica i espresémosnos en prosa como la prosa francesa o en verso como el verso inglés. A otros pueblos i otras épocas, otros gobiernos, otras relijiones, otras literaturas.

Acabemos ya el viaje milenario por rejiones de idealismo sin consistencia i regresemos al seno de la realidad, recordando que fuera de la Naturaleza no hai más que simbolismos ilusorios, fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos. A fuerza de ascender a cumbres enrarecidas, nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes: ¡solidifiquémonos! Más vale ser hierro que nube.

Las Matemáticas, las Ciencias Naturales i la Industria nada envidian a los siglos pasados: sólo la Literatura i el Arte claman por que venga un soplo del antiguo mundo helénico a perfumar de ambrosía el Universo, a desvanecer las místicas alucinaciones del fanatismo católico i a rehabilitar la materia injustamente vilipendiada por las hipocresías del tartufo.

Arrostrando el neolojismo, el estranjerismo o el provincialismo, que rejuvenecen i enriquecen el idioma, rompiendo el molde convencional de la forma cuando lo exijan las ideas y no profesando más relijión literaria que el respeto a la lógica, dejemos las encrucijadas de un sistema exclusivista i marchemos por el ancho i luminoso camino del Arte libre. No acatemos

como oráculo el fallo de autoridades, sean quienes fueren, ni temamos atacar errores divinizados por muchedumbres inconscientes: lo único infalible, la Ciencia; lo único inviolable, la verdad.

Lejos de aquí los teóricos i soñadores que trazan demarcaciones entre ciudadano i poeta. ¡Cómico recurso par'almacenar fuerza i ahorrar vida mientras los buenos i sencillos se afanan, luchan i mueren por nosotros! Contra un Arquíloco i un Horacio, que arrojan el escudo i huyen del combate, protestan un Garcilaso en Frejus, i un Cervantes en Lepanto. Jenio de poeta, jenio de acción. Ercilla escribe en la noche lo que pelea en el día, Byron envidia las victoria de Bonaparte i corre a morir en Mesolonghi. Espronceda sube a las barricadas de Paris. Cuando Ugo Fóscolo nos habla del "espíritu guerrero que ruje en sus entrañas", descubre al hombre inspirado i no se confunde con el simple aglomerador de consonantes. El poeta lejítimo se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las ramas, que forman la imaginación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

Si los hombres de ayer trabajaron por nosotros, los de hoi estamos obligados a trabajar por los de mañana. Contamos con un acreedor, el porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirijen a la danza macabra, desfilen como lejiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en sus labios, el presajio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor i de las rosas! ¡Que nuestros prosadores, en lugar de afeminarse o enervarse con la prosa cortésana i enfermiza, usen la prosa leal i sana, prefiriendo al crepúsculo de las sectas, el día sin nubes de la Ra-

zón, viendo más allá del círculo estrecho de familia i patria el horizonte de la Humanidad!

No aguardemos la paz octaviana. Esperar un Siglo de oro se contará por muchos años como utopía en América i señaladamente en el Perú. Quizá nosotros muramos en el desierto, sin divisar la tierra prometida. De todas las jeneraciones nacidas en el país somos la jeneración más triste, más combativa, más probada. El terremoto derriba nuestras ciudades, el mar arrasa nuestros puertos, la helada i las criptógamas destruyen nuestras cosechas, la fiebre amarilla diezma nuestras poblaciones, la invasión extranjera tala, incendia i mata, i la guerra civil termina lo que la invasión empieza. A nuestros pies se abre un abismo, a nuestros costados se levantan dos muros de bronce; pero ¡no desmayemos! Imitemos al Gunnar de las leyendas escandinavas, al héroe que entona un himno valeroso, mientras en su cuerpo s'enroscan serpientes i se apacientan víboras.

Si hai placer en conquistar con la espada, no falta dulzura en iluminar con l'antorcha. Gloria por gloria, vale más dejar chispas de luz que regueros de sangre. Alejandro en el Indus, César en el Capitolio, Napoleón en Austerlitz, no eclipsan a Homero vagando por las ciudades griegas para entonar las rapsodias de la **Iliada**, a Bernardo de Palissy quemando sus muebles par' atizar un horno de porcelanas, a Galileo encerrado en una prisión i meditando en el movimiento de la Tierra. Si merece pájinas de oro el guerrero que lleva la justicia encarnada en el hierro ¡cuán envidiable el escritor que huye de sectas o banderías, sigue las causas nobles, i al fin de la vida se acusa como Béranger de una sola frajilidad: "Haber sido el adulador de la desgracia"!

En ninguna parte conviene más que en las nacio.

nes sud americanas enaltecer el brillo de artes i ciencias sobre el deslumbramiento de victorias militares. Los americanos vivimos entre la época secundaria y la época terciaria, en el reinado de reptiles gigantescos y mamíferos colosales. Que palabra i pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación i mentira. La inteligencia no tiene por qué abdicar ante la fuerza; por el contrario, la voz del hombre razonable i culto debe ser un correctivo a la obra perniciosa de cerebros rudimentarios.

La patria, que nos da el agua de sus ríos i los frutos de sus campos, tiene derecho a saber el empleo de nuestros brazos y la consagración de nuestra inteligencia. Ahora bien ¿qué responderíamos si hubiera llegado la hora de la cuenta? Eliminemos el diario, que periodista no quiere decir literato, i concretémonos a la verdadera literatura. En el artículo insustancial, plagado de antítesis, equívocos i chilindrinas; en la **rima** de dos cuartiles asonantadas, sin novedad, inspiración ni acentos rítmicos ¿se resume todo el alimento que reservamos al pueblo herido i mutilado por el enemigo extranjero? Semejante literatura no viene como lluvia de luciérnagas en noche tenebrosa, sino como danza de fuegos fatuos entre losas de cementerio.

Insistamos sobre la necesidad de trabajo i estudio. Novelas, poemas i dramas no emergen del cerebro como islas en erupciones volcánicas. Las obras nacen de un modo fragmentario, con eyaculaciones sucesivas. Somos como ciertas fuentes que manan con intermitencias o a borbotones; el buen o mal gusto consiste en dirigir el agua por acueductos de mármol o cauces de tierra.

Diderot practica cien oficios por más de veinte años y va de taller en taller acopiando materiales para la **Enciclopedia**, Rousseau medita seis o siete horas bus-

cando la palabra más precisa, Goethe se confunde con los estudiantes alemanes para escuchar las lecciones del anatomista Wilhelm Loder, Wilhelm Schlegel emprende a los cincuenta años el estudio del sánscrito, Balzac sucumbe estenuado por la fatiga, Bello aprende griego en la vejez i copia sus manuscritos hasta ocho veces. Pero hai un ejemplo más digno de recordarse: el hombre que llamó al jenio "una larga paciencia", Buffon, escribe a los setenta años las **Epocas de la Naturaleza** i con su propia mano la transcribe dieciocho veces.

Baudelaire afirma que "jeneralmente los criollos carecen de originalidad en los trabajos literarios i de fuerza en la concepcion o la espresión, como almas femeninas creadas únicamente para contemplar i gozar". Sin embargo, en América, en el Perú mismo, algunos hombres revelaron singulares aptitudes para las ciencias, las artes i la literatura.

Digan lo que digan las mediocridades importantes i descontentadizas, nuestro público leyó todo lo digno de leerse, i los Gobiernos costearon o colmaron de beneficios a los autores. Con pocas y voluntarias exclusiones, ¿qué peruano de clara intelijencia no fué profesor de universidad, diputado, ministro, vocal de una corte, aiente financiero en Europa consúl o plenipotenciario? Quizá sufrimos dos calamidades: la protección oficial i desproporcionada al libro fósil o hueco, i el acaparamiento de los cargos públicos por las medianías literarias.

Acusar a su país de ingratitud, recurso de ineptos i negligentes. Escondamos luz en el aráneo, i llegaremos a la cumbre porque la intelijencia, con la virtud ascendente del hidrójeno en el globo, sube dejando en las capas inferiores a l'aristocracia de la sangre i a l'aristocracia del dinero. Hoi el camino está llano para

todos, todos, pueden hablar i mostrarse como son. Si hay sabios ocultos, que nos descubran su sabiduría; si hai literatos eminentes, que nos enseñen sus producciones; si hai políticos de amplio vuelo, que nos desenvuelvan sus planes; si hai guerreros invencibles, que nos desarrollen su táctica i estrategia; si hai industriales ingeniosos, que nos patenten sus descubrimientos o aplicaciones. No creamos en jenios mudos ni en modestias sobrehumanas: quien no alza la voz en el certamen del Siglo, es porque nada tiene que decir. No arguyan con obstáculos insuperables: el hombre de talento sólido, como el César de buena raza, atraviesa el Rubicón.

En fin, señores: el filósofo i economista Saint-Simon mantenía un criado que al rayar l'aurora le despertaba repitiendo: —,Levántese usted, señor conde, porque tiene mui grandes cosas que hacer". ¡Ojalá nuestras sociedades científicas, literarias i artísticas se unieran para decir constantemente al Perú: Abre los ojos, deja la horrorosa pesadilla de sangre, porque el Siglo avanza con pasos gigantescos i tiene mucho camino que recorrer, i mucha herida que restañar, i mucha ruina que reconstruir!



DISCURSO EN EL PALACIO DE LA EXPOSICION

Señores:

La **Memoria** del señor Márquez manifiesta los progresos que el **Círculo Literario** realizó hasta el día; la fiesta de hoy asegura los que realizará mañana.

En oposición a los políticos que nos cubrieron de vergüenza y oprobio se levantan los literatos que prometen lustre i nombradía. Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.

La nación debería regocijarse al ver que jóvenes predominan en las filas del **Círculo Literario**: una juventud que produce obras de arte es una Primavera que florece.

Sólo de jóvenes podía esperarse la franca libertad en la emisión de las ideas i l'altivez democrática en el estilo. Ellos, escandalizando a los timoratos i asustadizos, lanzan el pensamiento sin velarle con frases ambiguas ni mutilarle con restricciones oratorias: saben que si la verdad quema como el hierro candente, ilumina i fecunda como el Sol.

Para pensar i escribir libremente, par'acometer empresas fecundas, se necesita aprovechar el fugitivo entusiasmo de la edad en que el músculo guarda vigor i el cerebro lucidez. Cuando pasa la juventud, cuando mostramos la frente emblanquecida por las canas i escondemos la consciencia ennegrecida por las prevenciones, empiezan las sinuosidades en las ideas, las

transacciones con el error i hasta los pueriles miedos de ultratumba. ¡Cuántos hombres dejan ver en sus últimos años la capucha del monje bajo el gorro frijio de la libertad!

El pensamiento esclavo no merece llamarse pensamiento; i la literatura que desdeña o teme basarse en las deducciones de la Ciencia positiva puede constituir una restauración arqueológica, digna de archivar en las galerías de un museo; pero no un edificio viviente que arranque el aplauso de los contemporáneos i despierte l'admiración de la posteridad. Las hipótesis de la Ciencia no atesoran menos inspiración que todas las afirmaciones de las añejas teogonías. La poesía humana i útil, la que salva el mar de los siglos i vive más joven cuanto más vieja, tuvo carácter de verdadera, porque todo el arte del poeta consiste en vestir de púrpura la verdad i hacerla moverse a compás del ritmo.

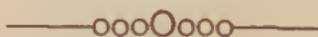
Las Musas de l'antigüedad duermen el sueño de la muerte bajo el artístico mármol de Paros, la Fe de la Edad Media desciende a hundirse en el polvo de las catacumbas; pero las fuentes de la inspiración no se agotan ni se agotarán. La Ciencia tiene flores inmortales de donde pueden las abejas extraer miel de poesía.

El Arte ocupa la misma jerarquía que Relijión i Ciencia. Como posee música o ritmo, escede a la Ciencia en armonía; i como no depende de creencias locales ni se manchó jamás con sangre, escede a la Relijión en lo universal i lo inmaculado.

Para muchos necios i también para unos cuantos sabios, el artista se reduce a un ser estraviado en el camino de la vida ¡como si la disquisición del filósofo, el escolio del erudito, el discurso del orador, el artículo del periodista o el informe del abogado, fueran superiores al cuadro del pintor, a la partitura del músico, al monumento del arquitecto, a la estatua del escultor,

al himno del poeta! El hombre que pierde los cabellos
de su frente i acorta la vista de sus ojos, velando por
engrosar las páginas de un libro consagrado a la ins-
trucción o entretenimiento de sus semejantes, merece
tanta gloria como el misionero que va de montaña en
montaña predicando el amor entre los hombres, como
el médico que lucha brazo a brazo con la muerte en
la ciudad asolada por la peste, como el soldado que
pelea valerosamente en el campo de batalla.

Conciuyendo, señores, empleando el yo importuno
i enojoso. No cuento con bagaje literario, i sucedo en
la presidencia del **Círculo** al escritor que supo deleitar-
nos con la **Sabatina** i la **Novia del Colejial**; carezco de
iniciativa, i me veo desde hoi a la cabeza de un'agru-
pacion destinada a convertirse en el partido radical de
nuestra literatura. Mas una consideración me alienta:
yo no vengo a guiar, sino a ser arrastrado por el buen
camino.



DISCURSO EN EL TEATRO OLIMPO

Señores:

Vengo a ser arrastrado por el buen camino, dije en 1887 al asumir la presidencia del **Círculo Literario**; i hoy me cumple decir que en el año transcurrido no fuí el capitán a la cabeza de su compañía, sino el recluta enrolado a las filas de hombres sin arrugas en la frente ni repliegues en el corazón.

Felizmente, lejos de dar estériles vueltas al rededor de una columna como el personaje de la leyenda popular, nos dirigimos hacia las rejiones de la luz i ya divisamos el país donde retumban las tempestades.

El **Círculo Literario**, la pacífica sociedad de poetas i soñadores, tiende a convertirse en centro militante i propagandista. ¿De dónde nocen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan a las capitales europeas, repercuten voces de la Francia incrédula i republicana. Hai aquí una juventud que lucha abiertamente por destruir los vínculos que nos unen a lo pasado; una juventud que desea matar con muerte violenta lo que parece destinado a sucumbir con agonía importunamente larga; una juventud, en fin, que se impacienta por suprimir obstáculos i abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional.

Los propósitos no suelen ser más osados: se ha emprendido la ruta; mas partir no significa llegar. Al punto que hemos arribado, conviene orientarse, ver qué valen nuestras fuerzas, quién debe guiarnos y contra qué resistencias vamos a luchar.

¿Qué valen nuestras fuerzas?

Ni nosotros podemos medirlas con exactitud. Cada día contamos con nuevas adhesiones, nuestro número crece hora por hora. Ayer fuimos un grupo, hoy somos una legión, mañana seremos muchas falanjes. Parece que a la voz de aliento lanzada por el **Círculo Literario** de Lima, toda la juventud ilustrada del Perú despierta i se contajia con la fiebre saludable de marchar adelante.

Como no reina aquí el provincialismo ni la mezquina preocupación de nacionalidad, muchos jóvenes de nuestras provincias y del extranjero colaboran con nosotros. Los hombres de nacionalidad distinta i de sentimientos i aspiraciones iguales son como bosques de árboles gigantescos: tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces i entrelazan sus copas: se juntan por lo más profundo i lo más elevado.

Estamos en el período de formación: apenas si movemos la pluma o desplegamos los labios. Lo que hemos hecho vale poco, nada, en comparación de lo que podemos i debemos hacer.

Lejos de la jactancia ridícula de saberlo todo i la vanidad pueril de creernos privilegiados talentos; nuestro poder estriba en la unión: todos los rayos del Sol, difundidos en la superficie de la Tierra, no bastan a inflamar un solo grano de pólvora, mientras unos cuantos haces de luz solar, reunidos en un espejo ustorio, prenden la mina que hace volar al monte de granito.

Cuando llegue la hora oportuna, cuando resuene el clarín i nuestras guerrillas se desplieguen por las más humildes provincias de la república, el Perú contemplará una cruzada contra el espíritu decrepito de lo

pasado, una guerra contra todo lo que implique retroceso en la Ciencia, en el Arte i en la Literatura.

II

¿Quién debe guiarnos?

Ningún escritor nacional ni español.

Aquí nadie tiene que arrogarse el título de maestro, porque todos somos discípulos o aficionados. Contamos bonitas composiciones en verso, pero no podemos citar un gran poeta; poseemos bonitos i hasta buenos artículos en prosa, pero carecemos de un gran prosador. ¿Dónde la obra, en prosa o verso, que se imponga por cualidades superiores? Cítese la novela, el drama, el poema... Nacidos ayer a la vida independiente, nuestras producciones intelectuales se parecen a la grama salobre de las playas recién abandonadas por el mar.

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos y luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala **tradición**, ese monstruo enjendrado por las falsificaciones agri-dulcetes de la historia i la caricatura microscópica de la novela.

El Perú no cuenta hoy con un literato que, por el caudal i atrevimiento de sus ideas se levante a'laltura de los escritores europeos, ni que en el estilo se liberte de la imitación seudo purista o del romanticismo trasnochado. Hai gala de arcaísmos, lujo de refranes i hasta choque de palabras grandilocuentes; pero ¿dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas; mas no se mira volar el águila.

En nuestra sangre fermentan los vicios i virtudes de nuestros abuelos: nada nuevo aprenderemos de la

España monarquista i ultramontana. Ha' en l'antigua Metrópoli una juventud republicana i librepensadora que trabaja por difundir jérmenes de vida en el Mar muerto de la Monarquía española; pero no conocemos los escritos i apenas sabemos los nombres de esa juventud; ella no se acuerda de nosotros, nos desdeña i nos olvida. La España que viene hacia el Perú, la que nos llama i quiere deslumbrarnos con títulos académicos, es la de Nocedal en relijión, de Cánovas en política i de los Guerra i Orbe en literatura.

Regresar a España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas i sus semillas en nuestra literatura equivale a retrogradar. El enfermo que desea trasfundir en sus venas otra sangre, elejir la de un amigo fuerte i joven, no la de un abuelo decrepito i estenuado. La renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario: siempre la misma semilla en el mismo terreno hace dejenear la especie.

Saint-Beuve aconseja bien: "En la misma lengua **no escoje uno sus maestros sin acercárseles demasiado ni ser absorbido por ellos; sucede como en los matrimonios de familia, que nada vigoroso producen.** "Para sus relijiones i sus alianzas hai que alejarse más".

Los taladores de selvas primitivas, los arrojadores de semillas nuevas no pertenecen a España: Hegel i Schopenhauer nacieron en Alemania, Darwin i Spencer en Inglaterra, Fourier i Auguste Comte en Francia. Entonces ¿por qué beber en el riachuelo cuando se puede acudir a la misma fuente? El agua del riachuelo-Madrid viene de la fuente: París. Hoy, con algunas excepciones, no existe literatura española, si no literatura francesa en castellano.

A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar las palabras de Biot a las con-

gregaciones docentes: "Se parecen a las antiguas estatuas que servían para guiar a los viajeros, i hoy mismo desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen". Nuestro guía debe estar, pues, en el estudio de los grandes escritores extranjeros, en la imitación de ninguno. Estudiar ordenadamente es asimilar el jugo segregado por otros; imitar servilmente, significa petrificarse en un molde.

III

¿Contra qué resistencias vamos a luchar?

En las naciones europeas existen: una nobleza rica; influyente i de tradiciones arraigadas; un clero respetable, tanto por el saber como por la austeridad de conducta; una burguesía mercantil que pretende convertir en blasones los billetes de banco; i unos campesinos fanáticos por ignorancia i monarquistas por costumbre. Esa nobleza i ese clero, esa burguesía i esos campesinos, oponen tenaces resistencias al espíritu democrático i racionalista.

Nada igual ocurre en el Perú.

Aquí no existe nobleza; i a la idea de linaje puro, miraría maliciosamente el que sabe cómo vivieron las familias nobles del Perú en tiempo del Coloniaje, señaladamente en el siglo XVII.

Aquí, el clero carece de saber, intelijencia o virtud, no forma un cuerpo unido ni homogéneo: cura, fraile i párroco se repelen, viven divorciados por antagonismo hereditario.

Aquí no conocemos la burguesía europea; hai, sí, una especie de clase media, intelijente, de buen sentido, trabajadora, católica, pero indiferente a luchas religiosas, amante de su país, pero hastiada con la polí-

tica de que sólo recibe perjuicios, desengaños i deshonra.

Aquí, el pueblo de la sierra, cuerpo inerte, obedece al primer empuje; el de la costa, cuerpo flotante, cede a todos los vientos i a todas las olas. Hoi el pueblo, que no debe llamarse cristiano sino fetichista, oye i sigue al sacerdote; pero el día que impere en las leyes la completa libertad, escuchará i seguirá también al filósofo.

No existen, pues, en nuestro país, elementos para constituir un partido reaccionario capaz de oponer resistencias insuperables.

Partido sin jefe no se llama partido. ¿Quién se apellida aquí Francia, García Moreno, siquiera Núñez? Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se ajitan i claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan i quieren unirse con una cabeza que no existe. Hai cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir i mandar; todos se alejan encorvados, llevando en sus espaldas una montaña de ignominias.

Esceptuando la Independencia i el 2^o de Mayo, en el Perú no se vertió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio; las causas fueron partidos; los partidos luchas subterráneas de ambiciones personales. Las novísimas agrupaciones de conservadores o clericales confirman la regla; se presentan como cuerpos amorfos, sedimentarios, formados por el detritus de nuestros malos partidos. Todos los pecadores en política todos los hijos pródigos de la democracia, todos los hombres que sienten ya en su carne el olor a polvo de tumbas, acuden a buscar perdón i olvido en quien olvida y perdona, se refugian en esas casas de misericordia llamadas partidos retrógrados.

No puede negarse la influencia del clero secular en Lima, Cajamarca i Arequipa. Si algunos hombres respiran el aire sano del siglo XIX, casi todas las mujeres se asfixian en l'atmósfera de la Edad media. La mujer, la parte sensible de la Humanidad, no pertenece a la parte pensadora; está en nuestros brazos, pero no en nuestro cerebro; siente, pero no piensa con nosotros, porque vive en místico desposorio con el sacerdote católico, porque ha celebrado bodas negras con los hombres del error, de la oscuridad i de la muerte.

Para salvar a la mujer i con la mujer al niño, nos veremos frente a frente del clero secular, disperso en reducidas agrupaciones, abroquelado con la **Lei de Imprenta** i armado con la Teología.

Dejemos a la prensa religiosa calumniar y mentir: el sembrador de ideas no combate con fulminadores de improperios ni con amasadores de lodo. El gañán que abre surcos donde ha de jerminal trigo, no se detiene a pisotear gusanos removidos i secados al Sol con la punta del arado.

No temamos la Teología con sus fantasmagorías estramundanas. Cuando Europa invadió Asia, los hijos del Oriente quisieron detener a los hijos del Norte con gigantescos ídolos de madera, cartón i trapo: cuando los hombres de hoi invadimos el país de las tinieblas, surjen los hombres de ayer creyendo amedrentarnos con fantasmas i simulacros de la superstición.

El filósofo no retrocede, sigue adelante, penetra en el templo i rasga el velo, porque sabe que en el santuario no hai más que un sacerdote con todas las flaquezas de la humanidad, i un ídolo sin labios para responder a las amenazas de nuestros labios, ni brazos, para detener los formidables golpes de nuestros brazos.

IV

Sea cual fuere el problema del **Círculo Literario**, hai tres cosas que no podemos olvidar: la honradez en el escritor, la verdad en el estilo i la verdad en las ideas. Señores, recordémoslo siempre: sólo con la honradez en el escritor, sólo con la verdad en los escritos haremos del **Círculo Literario** una institución útil, respectable, invencible.

En vano los hombres del poder desdeñan al escritor público i disimulan con la sonrisa del desdén los calofríos del miedo a la verdad: si hai algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito i más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

Desgraciadamente, nada se prostituyó más en el Perú que la palabra: ella debía unir i dividir, debía civilizar i embrutecer, debía censurar i aduló. En nuestro desquiciamiento jeneral, la pluma tiene la misma culpa que la espada.

El diario carece de prestigio, no representa la fuerza intelijente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desde el editorial ampuloso i kilométrico hasta la crónica insustancial i chocarrera, se oye la diatriba sórdida, la envidia solapada i algo como crujido de carne viva, despedazada por dientes de hiena. Esas frases gastadas i pensamientos triviales que se vacian en las enormes i amenazadoras columnas del periódico, recuerdan el bullicioso río de fango i piedras que se precipitan a rellenar las hondonadas y resquebrajaduras de un valle.

Si desde la guerra con Chile el nivel moral del país continúa descendiendo, nadie contribuyó más al descenso que el literato con sus adulaciones i mentiras, que el periodista con su improbidad i mala fe. Am-

os, que debieron convertirse en acusadores i justiciero-
os de los grandes criminales políticos, se hicieron en-
rubridores y cómplices. El publicista rodeó con atmós-
era de simpatías a detentadores de la hacienda nacio-
al, i el poeta prodigó versos a caudillos salpicados con
angre de las guerras civiles. Las sediciones de pre-
orianos, las dictaduras de Bajo Imperio, las persecucio-
es i destierros, los asesinatos en las cuadras de los
uarteles, los saqueos al tesoro público, todo fué posi-
le, porque tiranos i ladrones contaron con el silencio
el aplauso de una prensa cobarde, venal o cortesana.

Como en el **Ahasverus** d'Edgar Quinet pasan a
os ojos del poeta las mujeres resucitadas, llevando en
l corazón la herida del amor incurable, así mañana,
nte las miradas de la posteridad, desfilarán nuestros
scritores, queriendo ocultar en el pecho la lepra de la
enalidad.

Es, señores, que hai la literatura de los hombres
ternamente postrados, como las esfinjes de piedra en
l Egipto esclavo, i la literatura de los hombres eterna-
mente de pie, como el Apolo de mármol en la Grecia
bre.

Apartándose d'escuelas i sistemas, adquiriremos
erdad en estilo i en ideas. Clasicismo i romanticismo,
dealismo i realismo, cuestiones de nombres, pura lo-
omarquía. No hay más que obras buenas o malas: o-
ra buena quiere decir verdad en forma clara y conci-
a; obra mala, mentira en ideas i forma.

Verdad en estilo i lenguaje vale tanto como verdad
n el fondo. Hablar hoy con idiotismo i vocablos de o-
os siglos, significa mentir; falsificar el idioma. Como
as palabras espresan ideas, tiene su medio propio en
ue nacen i viven; injerir en un escritorio moderno una
ase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un
vo el ojo cristalizado de una momia.

En todas las literaturas abundan escritores arcaicos, aplaudidos por las academias i desdeñados por el público; pero no se conoce en la Historia el movimiento regresivo de todo un pueblo hacia las formas primitivas de su lengua.

El idioma es a las palabras como los períodos geológicos a las especies; la especie una vez desaparecida no reaparece jamás. Pudo Cuvier reconstituir la osamenta de animales fósiles; pero no imaginó restablecer las fundaciones fisiológicas, devolver el músculo vivo al esqueleto muerto. Así, el escritor anticuado compone obras que tiene la rigidez del alambre i la frialdad del mármol, pero no la morbidez de la carne ni el calor de la sangre.

El estilo, para coronar su verdad, debe adaptarse a nuestro carácter i a nuestra época. Hombres de imaginación ardiente i voluntad inclinada a ceder, necesitamos un estilo que seduzca con imágenes brillantes: se imponga con arranques imperativos. Aquí nos deleitamos con estilo salpicado de figuras i nos arrebatamos con frases duras i frías como la hoja de una espada.

La palabra que se dirija hoy a nuestro pueblo debe despertar a todos, poner en pie a todos, agitar a todos como campana de incendio en avanzadas horas de la noche. Después de San Juan i Miraflores, en el cobardía de abatimiento que nos envilece y nos abruma, nadie tiene derecho de repetir miserias i puerilidades, todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos i fortalezcan los corazones.

Algo muere, pero también algo nace: muere la mentira con las lucubraciones metafísicas y teológicas; nace la verdad con la Ciencia positiva. Una vieja Atlántida se hunde poco a poco bajo las aguas del Océano; pero un nuevo i hermoso continente surge del mar.

stentando su flora sin espinos i su fauna sin tigres.

Empiece ya en nuestra literatura el reinado de la Ciencia. Los hombres no quieren deleitarse hoy con música de estrofas insulsas i bien pulidas ni con períodos altisonantes i vacíos: todos, desde el niño hasta el viejo, tenemos sed de verdades. Sí, verdades aunque sean pedestres: a vestirse con alas de cera para elevarse unos cuantos metros i caer, es preferible tener pies musculosos i triple calzado de bronce para marchar en triunfo sobre espinas i rocas de la Tierra.

Cortesianos, políticos i diplomáticos no piensan así: aman prudencia al miedo, a la confabulación de caciques, a la mentira sin palabras. Cierto, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más solitario que las cumbres, ni más luminoso.

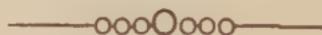
Rompamos el pacto infame i tácito de hablar a media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real, i la ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error acometer contra sus secuaces, no propinemos cintazos con espada metida en la funda: arrojemos estocadas a fondo, con hoja libre, limpia, centelleando al sol.

Venga, pues, la verdad en su desnudez hermosa i nuda, sin el velo de la sátira ni la vestidura del apolo; el niño delicado i la mujer meticulosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heroico, pero acibarado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierra vida y salud.

En fin, señores, seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia: con tal que l'antorcha ilumine ¡poco importa si quema la mano que la enciende l'ajital

Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie una nación entera: ¡poco importa las lágrimas, los dolores i los sacrificios de una sola jeneración, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien jeneraciones!

Seamos verdaderos, aunque la verdad convierta al Globo en escombros i ceniza: ¡poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas i muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad.



DISCURSO EN EL ENTIERRO DE LUIS MARQUEZ

Señores:

No vengo a derramar públicas lágrimas por el hombre libertado ya del horror de pensar i del oprobio de vivir: consagro un recuerdo al fundador del **Círculo Literario**, doi el último adiós al poeta, nada más.

Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños y mujeres; los hombres de hoi no sabemos, no queremos llorar, i cuando sentimos que las lágrimas pugnan por subir a nuestros ojos, realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón.

Gastados precozmente en el uso de la vida, como la piedra contra el acero, conservamos, sin embargo, el culto a los muertos que se resume en el culto a nosotros mismos, pues en el sepulcro de los seres queridos encerramos un amor, un'alegría o una esperanza. Al acompañar hasta la última morada los restos de un hombre idolatrado, pensamos enterrar a otro, i nos enterramos a nosotros mismos.

Aunque existir no sea más que vacilar entre un mal cierto i conocido —la vida—, i otro mal dudoso e ignorado —la muerte—, amamos la roca estéril en que nacemos, a modo de aquellos árboles que ahondan sus raíces en las grietas de los peñascos; suspiramos por un Sol que ve con tanta indiferencia nuestra cuna como nuestro sepulcro; i sentimos la desolación de las ruinas cuando alguno de los nuestros cae devorado por ese abismo implacable en que nosotros nos despeñaremos mañana.

En vano repiten los antiguos por boca de Menandro: "Mueren jóvenes los predilectos de los dioses"; en vano también murmuran los ilusos de hoi: "Es horri-

"ble morir dulce haber muerto". Los que no tienen idea segura de lo que puede seguir a esa inmersión en las tinieblas, llamada muerte, balancean del desaliento a la esperanza; i cuando se hallan al pie de una tumba querida, empiezan por reclinarse frente en el mármol frío, silencioso e impenetrable, i acaban por lanzar una mirada de indignación i despecho hacia esa inmensidad más fría, más silenciosa i más impenetrable que la piedra de los sepulcros.

¡La vida!... La muerte!... Platón, después de medio siglo de meditaciones y desvelos, supo tanto sobre la vida i la muerte, como sabe hoy el labrador que mece la cuna de sus hijos o se reclina en la piedra que marca la fosa de sus abuelos. Pasaron siglos de siglos, pasarán nuevos siglos de siglos, i los hombres quedaremos siempre mudos y aterrados ante el secreto inviolable de la cuna i del sepulcro. ¡Filosofías! ¡Religiones! ¡Sondas arrojadas a profundizar lo insondable! ¡Torres de Babel levantadas para ascender a lo inaccesible! Al hombre, a este puñado de polvo que la casualidad reúne i la casualidad dispersa, no le quedan más que dos verdades: la pesailla amarga de la existencia i el hecho brutal de la muerte.

Sin embargo. ¿todo aparece en la vida color de sangre? ¿Habitamos un planeta de sólo tinieblas y horrores? Las frases homéricas "Tierra-madre, dulce vida" ¿son ilusiones de poetas, o hai instantes en que saboreamos la dulzura de vivir i contemplamos a la Tierra como buena i amorosa madre? Tal vez; pero en el combate diario, en casi todas las horas de nuestro desaliento, pensamos como Lucrecio: "Si los dioses existen, se bastan así, gozan tranquilamente de su inmortalidad sin acordarse de nosotros".

Mas, ¿a qué vanas palabras en el lugar del silencio? La vida, esa negra interrogación, oculta su clara

respuesta aquí, en estos nichos abiertos, en estas bocas de fieras hambrientas que amenazan devorarnos.

¡Adios, amigo! Tú, que de los labios destilabas la miel ática de los chistes, probaste ya el acibarado veneno de la agonía. Tú atravesaste ya por el tenebroso puente que nos lleva deste mundo al país del que ningún viajero regresó jamás. ¡Tú sabes ya si la Naturaleza es amiga bondadosa que nos acoge en su seno para infundirnos sueño de felices visiones, o madre sin entrañas que guarda para sí la salud, la juventud i la eternidad, reservando para sus hijos las enfermedades, la vejez i la nada!

SEGUNDA PARTE

G R A U

I

Epocas hai en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola, era Grau.

Cuando el **Huáscar** zarpaba de algún puerto en busca de aventuras, siempre arriesgadas, aunque a veces infructuosas todos volvían los ojos al Comandante de la nave, todos le seguían con alas del corazón, todos estaban con él. Nadie ignoraba que el triunfo rayaba en lo imposible, atendida la superioridad de la escuadra chilena; pero el orgullo nacional se lisonjeara de ver en el **Huáscar** un caballero andante de los mares, una imagen del famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarles vencidos o muertos.

Nosotros, lejítimos herederos de la caballerosidad española, nos embriagábamos con el perfume de acciones heroicas, en tanto que otros, menos ilusos que nosotros i más imbuídos en las máximas del siglo, des-

deñaban el humo de la gloria is 'engolosinaban con el manjar de victorias fáciles i baratas.

¡I merecíamos disculpa!

El **Huáscar** forzaba los bloqueos, daba caza a los trasportes, sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapaba ileso de las celadas o persecuciones, i más que nave, parecía un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince i astucia de zorro. Merced al **Huáscar**, el mundo que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres i nos quemaba incienso; merced al **Huáscar**, los corazones menos abiertos a la esperanza cobraban entusiasmo i sentían el jeneroso estímulo del sacrificio; merced al **Huáscar**, en fin, el enemigo se desconcertaba en sus planes, tenía vacilaciones desalentadoras i devoraba el despecho de la vanidad humillada, porque el monitor, vijilando las costas del Sur, apareciendo en el instante menos aguardado, parecía decir a l'ambición de Chile: "Tú no pasará de aquí". Todo esto debimos al **Huáscar**, i el alma del monitor era Grau.

II

Nació Miguel Grau en Piura el año 1834. Nada notable ocurre en su infancia, i sólo merece consignarse que, después de recibir la instrucción primaria en la **Escuela Náutica de Paita**, se trasladó a Lima para continuar su educación en el colejio del poeta Fernando Velarde.

A la muerte del discípulo, el maestro le consagró una entusiasta composición en verso. Descartando las exajeraciones, naturales a un poeta sentimental i romántico, se puede colejir por los endecasílabos de Velarde, que Grau era un niño tranquilo i silencioso, quién sabe taciturno.

Mui pronto debió de hastiarse con los estudios i más aún con el régimen escolar, cuando al empezar l'adolescencia s'enrola en la tripulación de un buque mercante. Seis o siete años navegó por América, Europa i Asia, queriendo ser piloto práctico antes que marino teórico, prefiriendo costear continentes i correr temporales a navegar mecido constantemente por las olas del Pacífico.

Consideró la marina mercante como una escuela transitoria, no como una profesión estable, pues al creerse con aptitudes para gobernar un buque, ingresó a l'Armada nacional. ¿A qué seguir paso a paso la carrera del guardia marina en 1857, del capitán de navío en 1873, del contralmirante en 1879. Reconstituir conforme a plan matemático la existencia de un personaje, conceder intención al más insignificante de sus actos, ver augurios de proezas en los juegos inocentes del niño, es fantasear una leyenda, no escribir una biografía. En el ordinario curso de la vida, el hombre camina prosaicamente, a ras del suelo, i sólo se descubre superior a los demás, con intermitencias, en los instantes supremos.

El año 1865 hubo momento en que Grau se atrajo las miradas de toda la nación; en que tuvo pendiente de sus manos la suerte del país. Conducía de los astilleros ingleses un buque de guerra a tiempo que la República se había revolucionado para deshacer el trata-

(1).—

**Nunca fuiste risueño ni elocuente
Y tu faz pocas veces sonreía,
Pero inspirabas entusiasmo ardiente,
Cariñosa y profunda simpatía..**

(Fernando Velarde).

do Vivanco-Pareja. Plegándose a los revolucionarios, entregándoles el dominio del mar, Grau contribuyó eficazmente al derrumbamiento de Pezet.

La popularidad de Grau empieza al encenderse la guerra contra Chile. Antes pudo confundirse con sus émulos i compañeros de armas o diseñarse con las figuras más notables del cuadro; pero en los días de la prueba se dibujó de cuerpo entero, se destacó sobre todos, les eclipsó a todos. Fue comparado con Noel i Gálvez, i disfrutó como Washington la dicha de ser "el primero en el amor de sus conciudadanos". El Perú todo le apostrofaba como Napoleón a Goethe: "Eres un hombre".

III

Y lo era,, tanto por el valor como por las otras cualidades morales. En su vida, en su persona, en la más insignificante de sus acciones, se conformaba con el tipo lejendario del marino.

Humano hasta el exceso, practicaba jenerosidades que en el fragor de la guerra concluían por sublevar nuestra cólera. Hoi mismo, al recordar la saña implacable del chileno vencedor, deploramos la exajerada clemencia de Grau en la noche de Iquique. Para comprender i disculparse, se necesita realizar un esfuerzo, acallar las punzadas de la herida entreabierta, ver los acontecimientos desde mayor altura. Entonces se reconoce que no merecen llamarse grandes los tigres que matan por matar o hieren por herir, sino los hombres que hasta en el vértigo de la lucha saben economizar vidas i ahorrar dolores.

Sencillo, arraigado a las tradiciones religiosas, ajeno a las dudas del filósofo, hacía gala de cristiano i demandaba 'absolución del sacerdote antes de partir

con la bendición de todos los corazones. Siendo sinceramente religioso, no conocía la codicia —esa vitalidad de los hombres yertos—, ni la cólera violenta —ese momentáneo valor de los cobardes—, ni la soberbia —ese calor maldito que enjendra víboras en el pecho—. A tanto llegaba la humildad de su carácter que, hostigado un día por las alabanzas de los necios que asedian a los hombres de mérito, exclamó: "Vamos, yo no soi más que un pobre marinero que trata de servir "a su patria".

Por su silencio en el peligro, parecía hijo de otros climas, pues nunca daba indicios del bullicioso atolondramiento que distingue a los pueblos meridionales. Si alguna vez hubiera querido arengar a su tripulación, habría dicho espartanamente, como Nelson en Trafalgar: "La patria confía en que todos cumplan con su deber". Hasta en el porte familiar se manifiesta sobrio de palabras: lejos del la verbosidad que falsifica la elocuencia i remeda el talento. Hablaba como anticipándose al pensamiento de sus interlocutores, como temiendo desagradarles con lo más leve contradicción. Su cerebro discernía con lentitud, su palabra fluía con largos intervalos de silencio, i su voz de timbre femenino contrastaba notablemente con sus facciones varoniles y toscas.

Ese marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes, inflexible en aplicar a los culpables todo el rigor de las ordenanzas, se hallaba dotado de sensibilidad exquisita, amaba tiernamente a sus hijos, tenía marcada predilección por los niños. Sin embargo, su energía moral no s'energaba con el sentimiento como lo probó en 1865 al adherirse a la revolución: rechazando ascensos i pingües ofertas de oro, desoyendo las sugestiones o consejos de sus más íntimos amigos, resistiendo a los ruegos e intimaciones de su mismo pa-

dre, hizo lo que le parecía mejor, cumplió con su deber.

Tan inmaculado en la vida privada como en la pública, tan honrado en el salón de la casa como en el camarote del buque, formaba contraste con nuestros políticos i nuestros guerreros, existía como un verdadero anacronismo.

Como flor de sus virtudes, transcendía la resignación: nadie conocía más el peligro, i marchaba de frente, con los ojos abiertos, con la serenidad en el semblante. En él, nada cómico ni estudiado: personificaba la naturalidad. Al ver su rostro leal i abierto, al cojer su mano áspera i encallecida, se palpaba que la sangre venía de un corazón noble i jeneroso.

Tal era el hombre que en buque mal artillado, con marinería inesperta, se vio rodeado i acometido por toda la escuadra chilena el 8 de Octubre de 1879.

IV

En el combate homérico de uno contra siete, pudo Grau rendirse al enemigo; pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado a morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores.

Efectivamente. Si a los admiradores de Grau se les hubiera preguntado qué exijían del Comandante del **Huáscar** el 8 de Octubre, todos habrían respondido con el Horacio de Corneille: "¡Qué muriera!".

Todo podía sufrirse con estoica resignación, menos el **Huáscar** a flote con su Comandante vivo. Necesitábamos el sacrificio de los buenos i humildes para borrar el oprobio de malos i soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica tendríamos derecho de llamarnos nación? ¡Qué es-

cándalo no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inesplicables dispersiones en masa, desde la fuga traidora de los caudillos hasta las sediciones bizantinas, desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!

En la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se disculpa el encalle de una fragata con tripulación novel i capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos o cobardes, se concibe el amilamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar i tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandro i Césares.

Sin embargo, en el grotesco i sombrío drama de la derrota, surjieron de cuando en cuando figuras luminosas i simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos enjendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues: la rosa no florece en el pantano; i el pueblo en que nacen un Grau i un Bolognesi no está ni muerto ni completamente degenerado. Regocijémonos, si es posible: la tristeza de los injustamente vencidos conoce alegrías sinceras, así como el sueño de los vencedores implacables tiene despertamientos amargos, pesadillas horrosas.

La columna rostral erijida para conmemorar el 2 de Mayo se corona con la victoria en actitud de subir al cielo, es decir, a la rejión impasible que no escucha los ayes de la víctima ni las imprecaciones del verdugo. El futuro monumento de Grau ostentará en su parte más encumbrada un coloso en ademán d' estender el brazo derecho hacia los mares del Sur.

Catalina de Rusia fijó en una calle meridional de Sampetersburgo un cartel que decía: 'Por aquí es el camino a Constantinopla'. Cuando la raza eslava siente impulsos de caminar hacia las "tierras verdes" no recuerda las tentadoras palabras de Catalina? Si Grau se levantara hoy del sepulcro, nos diría... Es inútil repetir sus palabras: todos adivinamos ya qué deberes hemos de cumplir, adónde tenemos que dirigirnos mañana.

DISCURSO EN EL POLITEAMA

I

Señores: -

Los que pisan el umbral de la vida se juntan hoy para dar una lección a los que se acercan a las puertas del sepulcro. La fiesta que presenciarnos tiene mucho de patriotismo i algo de ironía: el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro.

Los viejos deben temblar ante los niños, porque la jeneración que se levanta es siempre acusadora i juez de la jeneración que desciende. De aquí, de estos grupos alegres i bulliciosos, saldrá el pensador austero i taciturno; de aquí, el poeta que fulmine las estrofas de acero retemplado; de aquí, el historiador que marque la frente del culpable con un sello de indeleble ignominia.

Niños sed hombres, madrugad' a la vida, porque ninguna jeneración recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más justas que satisfacer.

En la orjía de la época independiente, vuestros antepasados bebieron el vino jeneroso i dejaron las heces. Siendo superiores a vuestros padres, tendréis derecho para escribir el bochornoso epitafio de una jeneración que se va, manchada con la guerra civil de me-

dieciocho siglo, con la quiebra fraudulenta i con la mutilación del territorio nacional.

Si en estos momentos fuera oportuno recordar vergüenzas i renovar dolores, no acusaríamos a unos ni disculparíamos a otros. ¿Quién puede arrojar la primera piedra?

La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia i nuestro espíritu de servidumbre.

II

Sin especialistas, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía Política, ensayos de aficionados en Lejislación i hasta ensayos de aficionados en Tácticas i Estratejias. El Perú fue cuerpo vivo, espuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles i manos con temblores de parálitico. Vimos al abogado dirigir l' hacienda pública, al médico emprender obras de injeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos d' ejército... ¡Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertiginosas apariciones i desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles, en esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde i silencioso!

Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la Revolución, Francia marchó a la victoria; con

los ejércitos de indios disciplinados i sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad media, sólo combatirá por el señor feudal.

I, aunque sea duro i hasta cruel repetirlo aquí, no imaginéis, señores, que el espíritu de servidumbre sea peculiar a sólo el indio de la puna: también los mestizos de la costa recordámos tener en nuestras venas sangre de los súbditos de Felipe II mezclada con sangre de los súbditos de Huayna-Capac. Nuestra columna vertebral tiende a inclinarse.

La nobleza española dejó su descendencia dejenerada i despilfarradora: el vencedor de la Independencia legó su prole de militares i oficinistas. A sembrar el trigo i extraer el metal, la juventud de la generación pasada prefirió atrofiar el cerebro en las cuadras de los cuarteles i apergaminar la piel en las oficinas del Estado. Los hombres aptos para las rudas labores del campo i de la mina, buscaron el manjar caído del festín de los gobiernos, ejercieron una insaciable succión en los jugos del erario nacional i sobrepusieron el caudillo que daba el pan i los honores a la patria que exigía el oro i los sacrificios. Por eso, aunque siempre existieron en el Perú liberales i conservadores, nunca hubo un verdadero partido liberal ni un verdadero partido conservador, sino tres grandes divisiones: los gobiernistas, los conspiradores i los indiferentes por egoísmo, imbecilidad o desengaño. Por eso, en el momento supremo de la lucha, **no fuimos contra el enemigo un coloso de bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo; no una patria unida i fuerte, sino una serie de individuos atraídos por el interés particular i repelidos entre sí por el espíritu de bandería.** Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el pri-

mer jeneral hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo, éramos siervos de la Edad media que invocábamos al señor feudal.

Indios de punas i serranías, mestizos de la costa, todos fuimos ignorantes i siervos; i no vencimos ni podíamos vencer.

III

Si la ignorancia de los gobernantes i la servidumbre de los gobernantes fueron nuestros vencedores, acudamos a la Ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la Naturaleza, adoremos la Libertad, esa madre enjendradora de hombres fuertes.

No hablo, señores, de la ciencia modificada que va reduciéndose a polvo en nuestras universidades retrógradas: hablo de la Ciencia robustecida con la sangre del siglo, de la Ciencia con ideal de radio gigantesco, de la Ciencia que trasciende a juventud i sabe a miel de panales griegos, de la Ciencia positiva que en sólo un siglo de aplicaciones industriales produjo más bienes a la Humanidad que milenios enteros de Teología y Metafísica.

Hablo, señores, de la libertad para todos, i principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos i extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera. Trescientos años há que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro i sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer i escribir, i veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre. A vosotros, maestros d'escuela, toca galvani-

zar una raza que se adormece bajo la tiranía del juez de paz, del gobernador i del cura, esa trinidad embrutecedora del indio.

Cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, i militares i políticos a l'altura del siglo, recuperaremos Arica i Tacna, i entonces i sólo entonces marcharemos sobre Iquique i Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero i último.

Para ese gran día, que al fin llegará porque el porvenir nos debe una victoria, fiemos sólo en la luz de nuestro cerebro i en la fuerza de nuestros brazos. Pasaron los tiempos en que únicamente el valor decidía de los combates: hoy la guerra es un problema, la Ciencia resuelve la ecuación. Abandonemos el romanticismo internacional i la fe en los auxilios sobrehumanos: la Tierra escarnece a los vencidos; el Cielo no tiene rayos para el verdugo.

En esta obra de reconstitución i venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos i carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo i sus frutas de sabor amargo. ¡Qué vengan árboles nuevos a dar flores nuevas i frutas nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!

IV

¿Por qué desesperar? No hemos venido aquí para derramar lágrimas sobre las ruinas de una segunda Jerusalén, sino a fortalecernos con la esperanza. Dejemos a Boabdil llorar como mujer, nosotros esperemos como hombres.

Nunca menos que ahora conviene el abatimiento del ánimo cobarde ni las quejas del pecho sin virilidad: hoy que Tacna rompe su silencio i nos envía el recuerdo del hermano cautivo al hermano libre, ele-

émonos unas cuantas pulgadas sobre el fango de las ambiciones personales, i a las palabras de amor i esperanza respondámos con palabras de aliento i fraternidad.

¿Por qué desalentarse? Nuestro clima, nuestro suelo ¿son acaso los últimos del Universo? En la tierra no hai oro par'adquirir las riquezas que debe producir **na sola primavera del Perú.** ¿Acaso nuestro cerebro tiene la forma rudimentaria de los cerebros hotentotes, o nuestra carne fue amasada con el barro de Sotomayo? Nuestros pueblos de la sierra son hombres afortunados, no estatuas petrificadas.

No carece nuestra raza d'electricidad en los nervios ni de fósforo en el cerebro; nos falta, sí, consistencia en el músculo, i hierro en la sangre. Anémicos i nerviosos, no sabemos amar ni odiar con firmeza. Versátiles en política, amamos hoi a un caudillo hasta sacrificar nuestros derechos en aras de la dictadura; i le oíamos mañana hasta derribarle i hundirle bajo un aludión de lodo i sangre. Sin paciencia de aguardar el desenlace, exigimos improvisar lo que es obra de la incubación tardía, queremos que un hombre repare en un día las faltas de cuatro jeneraciones. La historia de nuestros gobiernos del Perú cabe en tres palabras: imbecilidad en acción; pero la vida toda del pueblo se resume en otras tres: versatilidad en movimiento.

Si somos versátiles en amor, no lo somos menos en odio: el puñal está penetrando en nuestras entrañas i ya perdonamos al asesino. Alguien ha talado nuestros campos i quemado nuestras ciudades i mutilado nuestro territorio i asaltado nuestras riquezas i convertido el país entero en ruinas de un cementerio; pues bien, señores, ese alguien a quien jurábamos renegar eterno i venganza implacable, empieza a ser contado en el número de nuestros amigos, no es aborrecido

do por nosotros con todo el fuego de la sangre, con toda la cólera del corazón.

Ya que hipocresía i mentira forman los polos de la Diplomacia, dejemos a los gobiernos mentir hipócritamente jurándose amistad i olvido. Nosotros, hombres libres reunidos aquí para escuchar palabras de lealtad i franqueza, nosotros que no tememos, esplicaciones ni respetamos susceptibilidades, nosotros levantemos la voz para enderezar el esqueleto destas muchedumbres encorvadas, hagamos por oxijenar est'atmósfera viciada con la respiración de tantos organismos infectos, i lancemos una chispa que inflame en el corazón del pueblo el fuego par'amar con firmeza todo lo que se debe amar, i para odiar con firmeza también todo lo que se debe odiar.

¡Ojalá, señores, la lección dada hoi por los **Colegios libres de Lima** halle ejemplo en los más humildes caseríos de la República! ¡Ojalá todas las frases repetidas en fiestas semejantes no sean melifluas alocuciones destinadas a morir entre las paredes de un teatro, sino rudos martillazos que retumben por todos los ámbitos del país! ¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos i despierte los dos sentimientos capaces de **rejenerarnos i salvarnos: el amor a la patria i el odio a Chile!** Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, el corazón nos dirá si debemos aborrecerle...

Si el odio injusto pierde a los individuos, el odio justo salva siempre a las naciones. Por el odio a Prusia, hoi Francia es poderosa como nunca. Cuando París vencido se ajita, Berlín vencedor se pone de pie. Todos los días, a cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Maratón o se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; i bien, "la grandeza moral de los antiguos

helenos consistía en el amor constante a sus amigos i en el odio inmutable a sus enemigos". No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para enjendrar a los futuros engadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno.

Verdad, hoy nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; i si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder que siquiera los mal apagados ruidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!



PERU Y CHILE

I

El Perú no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile. Las campañas de la Independencia i la segunda lucha con España nos costaron preciosas vidas i grandes sacrificios; pero nos dieron vida propia, nombradía i levantaron el espíritu nacional. El 1 de diciembre nacimos, el 2 de mayo crecimos, nos ajigantamos.

Es que, en 1824 i 1866, no sufrimos el empequeñecimiento de la derrota. La sangre derramada en los campos de batalla, los capitales destruidos en el incendio, las riquezas perdidas en el saqueo de las poblaciones, mui poco significan en comparación de los males que inficionan el organismo de las naciones vencidas. El perjuicio causado por nuestro vencedor no está en los asesinatos, en las devastaciones ni en las rapiñas: está en lo que nos deja i nos enseña.

Chile se lleva guano, salitre i largos jirones de territorio; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez d'espíritu, la conformidad con la derrota i el tedio de vivir modesta i honradamente. Se nota en los ánimos apatía que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve a náuseas.

Chile nos enseña su ferocidad araucana. En la última contienda civil nos mostramos crueles hasta la barbarie, hicimos ver que el roce con un enemigo implacable i sanguinario había endurecido nuestras entrañas. Protaron, de no sabemos dónde, almas en cólera o fieras desconocidas en la fauna peruana. La injénita mansedumbre del carácter nacional tuvo regresiones a la fiereza primitiva. En la nación magnánima (donde las discordias civiles terminaron siempre con el olvido

para los errores comunes i la conmiseración para el hermano caído) queda hoy, después de la lucha, el odio a los enemigos vascuences, el rencor de tigre a tigre. Rencor i odio que deberíamos reservar para el enemigo de todos, los atizamos contra nosotros mismos. De nuestro sueño cataléptico despertamos para sólo esgrimir los puños i lanzarnos imprecaciones de muerte.

Es que en el comercio íntimo, en el trato duradero en la conquista secular, se opera fusión de razas con amalgamamiento de vicios i virtudes; mientras en la invasión destructora i violenta, vencido i vencedor olvidan las virtudes propias i adquieren los vicios del extraño. Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje i bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial i salvaje.

Si el Perú se contagió con la ferocidad araucana, Chile se contaminó con el virus peruano. El contacto de ambas naciones recuerda el abrazo de Almanzor, en medio de comunicarse la peste. Nadie ignora que nuestro vencedor de ayer se ve atacado ya por el cáncer de la más sórdida corrupción pública: las prensas de Santiago i Valparaíso lo dicen a todas horas i en todos los tonos. Chile retrata hoy al Perú de la **Consolidación** i del **contrato Dreyfus**: entra por el camino que nosotros seguíamos, será lo que fuimos. El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía i el puñado de porotos, se ahitará mañana en los opíparos festines del magnate improvisado. Con la facilidad se vuelve pródigo el tahir que entra pobre a la casa de juego i sale rico por un golpe de fortuna.

Pero no veamos una compensación de nuestras camaridades en la corrupción política de nuestro enemigo, ni pensemos abandonarle nuestra riqueza i nuestro territorio como un presente griego, ni creamos que en su organismo acabamos de inocular un jermen de muerte prematura.

Chile, con todas sus miserias, nos vencerá mañana i siempre, si continuamos siendo lo que fuimos i lo que somos. Rodeado con el prestijio de sus victorias, posee crédito; así que en toda guerra tendrá dinero, i con el dinero, soldados i buques, rifles i cañones, amigos i espías.

De loco debe tacharse al pueblo que para robustecerse no abriga más esperanza que la debilitación de los pueblos limítrofes. Ver encorvarse al vecino ¿equivale a crecer nosotros? Ver sangrar un enemigo ¿da una gota de sangre a nuestras venas? El decaimiento de Chile debería regocijarnos, si el nuestro cesara o fuera menor, si en tanto que él se achica nosotros creciéramos; pero sucede que mientras Chile decrece en progresión aritmética, nosotros lo hacemos en **progresión y geometría**. La fuerza de las naciones se oculta en ellas mismas, viene de su elevación moral. La luz del gas que arde a nuestros ojos, irradia los rayos del Sol almacenados en las entrañas de la Tierra; el hombre que nos deslumbra con su jenerosidad o su heroísmo, descubre las virtudes incubadas lentamente al calor de una buena educación.

II

De veinte años a la fecha, desde las victorias de Prusia, el mundo europeo tiende a convertir sus hombres en soldados i sus poblaciones en cuarteles. A la plaga de los individuos —el alcoholismo— responde la **peste de las naciones —el militarismo—**. Nadie se pregunta si habrá conflagración universal, sólo se quiere adivinar quién desenvainará la espada, dónde será el campo de batalla, qué naciones quedarán arrolladas, pisoteadas y pulverizadas. Todos aguardan la crisis su-

prema, porque saben que los bebedores de sangre sucumben también sus ataques de delirium tremens.

Chile, con el instinto de imitación, natural a los pueblos juveniles, remeda el espíritu guerrero de Alemania i enarbola en América el estandarte de la conquista. El Imperio Alemán apresó con sus garras de águila Alsacia i Lorena; Chile cojió con sus uñas de ostra Iquique y Tarapacá, i, para ser más que Alemania, piensa cojer Arica, Tacna i acaso el Perú entero.

Entre tanto ¿qué hacemos nosotros? Viviendo en la región de las teorías, olvidamos que los estados no se rinden por humanitarismo romántico ni ponen la mejilla izquierda cuando reciben una bofetada en la derecha; olvidamos que ante la inmolación de un pueblo todos observan una prudencia egoísta, cuando no cubren de laureles al vencedor i abruman de ignominias al vencido; olvidamos, por último, que en las relaciones individuales los hombres menos civilizados conservan un resto de pudor social i guardan las apariencias de guiarse por la filantropía, mientras en la vida internacional las naciones más cultas se quitan la epidermis civilizada proceden como salvajes en la selva.

Nosotros no caímos porque las guerras civiles nos debilitaran o nos esquilmaran. Luchas más desgarradoras i tenaces que las nuestras sostuvieron l'Argentina, Venezuela, Colombia i particularmente Méjico. Caímos porque Chile, que vela mientras el Perú duerme. nos sorprendió pobres i sin crédito, desprevenidos, mal armados, sin ejército ni marina

¡Ojalá hubiéramos pasado por algunas de aquellas revoluciones radicales que remueven de alto abajo la sociedad i la dividen en dos bandos sin consentir indiferentes o egoístas! Desgraciadamente, como las tempestades en el Océano, todas nuestras sediciones

de cuartel se deslizaron por la superficie sin alcanzar a sacudir el fondo.

Si las sediciones de pretorianos denuncian decadencia, los continuos levantamientos populares **manifiestan superabundancia de vida.** Las naciones jóvenes poseen un sobrante de fuerza que dirijen contra su propio organismo cuando no 'emplean en l'agricultura, la industria, las artes o la conquista. Los pueblos se agitan para su bien, como los niños saltan i corren para lubricar sus articulaciones i desarrollar sus músculos. Las guerras civiles sirven de aprendizaje para las **guerras exteriores: son la gimnasia de las naciones.** Santos las llamó Joseph de Maistre, i Chateaubriand sostuvo que retemplaban i rejeneraban a los pueblos.

Nuestro enemigo nos aventajó en el espíritu práctico i hasta en la humanidad que le hizo buscar la luz en todas partes i aceptar el bien viniera de donde viniera. Etranjeros reformaron sus universidades, estranjeros redactaron sus códigos, estranjeros arreglaron su hacienda pública, estranjeros le adiestraron en dirigir contra nosotros la puntería de los cañones Krupp.

Nosotros procedimos en sentido inverso: figurándonos que nuestro empirismo semiteológico i semiescolástico era el summum de la sabiduría, cerramos el paso a todo lo que no fuera exclusivamente nacional i nos entregamos ciegamente a la iniciativa de nuestros hombres. I ¿qué tuvimos? Lo de siempre: buenos sabios que de la instrucción pública hicieron un caos, buenos hacendistas que nunca organizaron un solo presupuesto, buenos diplomáticos que celebraron convenciones funestas, buenos marinos que encallaron los buques i buenos militares que perdieron las batallas.

Hoi mismo, después del tremendo cataclismo, nos adormecemos en la confianza, olvidamos que Chile nos daría mil vidas para deleitarse en quitárnoslas una

por una, i seguimos educando a la juventud, no para nombres que han de luchar en los campos de batalla, sino para funcionarios pasivos que han de anquilosar sus articulaciones entre los cuatro muros de una oficina. Continuamos con todas nuestras preocupaciones de casta i secta, con todas nuestras pequeñeces de campanario. Si persona estraña viene a ofrecernos luz para querer inocularnos el fermento de la vida moderna, nos sublevamos en masa, nos creemos ofendidos en el orgullo nacional, i llamamos dignidad herida a lo que en todas partes se nombra ignorancia presuntuosa i desvergonzada. Cuando pluma estrañera censura nuestros vicios sociales o descubre las miserias de nuestros hombres públicos, estallamos de ira i pregonamos a la faz del mundo que en los negocios del Perú deben mezclarse únicamente los peruanos, que nuestros hombres públicos no pertenecen al tribunal del jénero humano, sino a la jurisdicción privativa de sus compatriotas... Afirmaciones de topo que nada concierne más allá de la topera, exclusivismos de infusorio que limita su radio visual a la gota de agua.

II

Nada tan hermoso como derribar fronteras i destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades para hacer de la Tierra un solo pueblo i de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados i jenerosos converjen hoy al cosmopolitismo, todos repetirían con Schopenhauer que "el patriotismo es la pasión de los necios i la más necia de todas las pasiones". Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos i lobos, hai que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero i lobos con el lobo.

Tenemos que cerrar el paso a la conquista i defender palmo a palmo nuestro territorio, porque la patria no es sólo el pedazo de tierra que hoy bebe nuestras lágrimas i mañana beberá nuestra sangre, sino también el molde especial en que se vacia nuestro sér, o mejor dicho, l'atmósfera intelectual i moral que respiramos. Tanto debe el hombre al país en que nace, como el árbol al terreno en que arraiga. Conquistarnos equivale a modificar súbitamente nuestro modo d'existir, a sumerjirnos en otro medio ambiente para condenarnos a l'asfixia.

I no todo se reduce a nuestro mezquino interés personal. Gozamos de las propiedades nacionales como se goza de un bien usufructuario: si de nuestros padres heredamos un territorio grande i libre, un territorio grande i libre debemos legar a nuestros descendientes, ahorrándoles l'afrenta de nacer en país vencido i mutilado, evitándoles el sacrificio de recuperar a costa de su sangre los bienes i derechos que nosotros no supimos defender a costa de la nuestra. Nada tan cobarde como la jeneración que paga sus deudas endosándolas a las jeneraciones futuras.

Ideas más nobles obligan también a repeler todo ataque i vengar todo atropellamiento "Sufir una injuria es dar alas a la violencia i contribuir cobardemente al triunfo de la injusticia. Si el derecho vulnerado "cediera sin resistir, el mundo caería mui pronto en garras de la iniquidad" (1).

Los hombres de ayer, que olvidaron todo eso, desfilan a nuestros ojos, sofocando en su pecho la voz del remordimiento i queriendo borrar de su frente las indelebles manchas de lodo i sangre; los hombres de hoy seremos execrados por la jeneración de mañana, si no damos a nuestros músculos vigor para herir i a nuestro cerebro luz para saber dirigir el golpe.

Necesitamos verificar una evolución par'adaptarnos al medio internacional en que vivimos. Por carácter, por la benignidad del clima, por la riqueza del país, por la facilidad de vivir holgadamente con poco trabajo, somos pacíficos, anticonquistadores, amigos del reposo i refractarios a la emigración. Por nuestra posición jeográfica, rodeados del Ecuador, el Brasil, Bolivia Chile, condenados fatalmente a ser campo de batalla donde se rifen los destinos de Sud América, tenemos que trasformarnos en nación belicosa. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. O combatientes o esclavos.

Cierto, el querer caprichoso no basta para crear institutos nacionales o improvisar acontecimientos; pero la voluntad, firme i guiada por la Ciencia, logra modificar el mundo esterno, variar lentamente la condición moral de las sociedades i convertir al hombre en la verdadera Providencia de la Humanidad. Hai animal submarino que, a falta de ojos, adquiere antenas para caminar a tientas en las profundidas tenebrosas, i un pueblo hundido en el oprobio de la derrota no puede crearse pasiones para odiar ni fuerzas para vengarse!

La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por simple iniciativa de los mandatarios. ¿Por qué aguardar todo de arriba? La desconfianza en nosotros mismos, el pernicioso sistema de centralizar todo en manos del Gobierno, la manía de someternos humildemente al impulso de la capital, influyeron desastrosamente en la fortuna del país. Especie de ciegos acostumbrados al azarillo, quedamos inmóviles al sentirnos solos. Cuando en la guerra perdimos Lima, nos encontramos sin

(1).—Louis Ménard, *La moral avant les philosophes.*

ojos, sin cerebro, como decapitados. En la nación bien organizada el pueblo no vive como el pasajero que **descansadamente dormita en su camarote i de cuando en cuando abre los ojos para saber por curiosidad el número de leguas recorridas;** por el contrario, todos mandan, todos trabajan, todos velan, porque hacen a la vez de capitán, de tripulación i de pasajeros.

IV

Hai un valor que en los lances supremos conduce al sacrificio, i otro valor que en la existencia diaria se ciñe al cumplimiento de vulgares deberes. No necesitamos ahora del valor poético i acaso fácil porque sólo requiere un momento de resolución; necesitamos, sí, del valor prosaico i acaso difícil porque exige constancia en el trabajo i conformidad en la medianía. Morir violentamente, a la luz del Sol, entre el aplauso de la muchedumbre, causa menos amargura que perecer lentamente en la oscuridad i silencio de una mina.

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, i nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos i agotaremos sus jugos. Un día de tranquilidad en el Perú es una noche de pesadilla en Chile.

Hablar de revancha inmediata, de próxima reivindicación a mano armada, toca en delirio; lo seguro, lo cuerdo, estriba en apercebirse para la obra de mañana.

Trabajemos con la paciencia de la hormiga, i acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile engulla guano i salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro i plomo.

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, i pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barricadas o campos de batalla, no en protocolos diplomáticos ni ergos y distingos de Salamanca.

Digan lo que digan ilusos i sentimentales, quien vence, vence. El vencedor, aunque pulverice al vencido i cometa delitos de lesa humanidad, deslumbra i seduce al mundo. En la mascarada de la Historia, todo crimen con l'aureola del buen éxito se conquista el nombre de virtud.

Si algo cuesta salir vencido respondan los habitantes de Iquique i Tarapacá, condenados a vivir de huéspedes en su propia casa; respondan los de Arica i Tacna, destinados a esperar dudoso rescate, como navegantes cautivos por piratas arjelinos.

Nosotros, que vemos el Sol sin que nos dé sombra la figura del invasor, no alcanzamos a imaginar la reprimida cólera de los peruanos sometidos a la dominación de Chile. Ellos confían i esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio paran el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos. Como la Polonia de Víctor Hugo, las poblaciones del Sur esperan i esperan, i nadie va.

I ¿quién ha de ir? Antes que nosotros vayamos hacia ellas, alguien regresará contra nosotros. Chile n'olvida el camino del Perú, volverá. I sus venidas son

de temerse, porque recuerdan las invasiones de los hu- nos i las **razzias** de los árboles: él destruye todo lo in- mueble, desde la casa del rico hacendado hasta la cho- za del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mue- ble, desde el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique un'habitación, tra- baje una mina o siempre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja o siembra para Chile. La madre que se regocija con su hijo primojénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que s'enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno.

Mientras se desgalgue la segunda invasión, aten- gámonos a ver en todas nuestras cuestiones financieras o internacionales la solapada intervención de Chile, cuando no la injerencia escandalosa i las órdenes con- minatorias. Resuelto el problema de Arica i Tacna, suscitará nuevas complicaciones para mantenernos en continuo jaque; y el día que aparente olvidarnos o fin- ja sentimientos benévolos, será cuando piense más en nosotros i fragüe mayores perfidias en nuestro daño. No satisfecho con habernos herido i espoliado ni con hacernos sentir a cada momento la humillación de la derrota, Chile buscará frívolos achaques para denigrar- nos i acometernos, porque persigue la obra sistemáti- ca i brutal de imprimirnos en la cara un afrentoso es- tigma, de clavarnos un puñal en el corazón.

15 DE JULIO

I

La mejor manera de honrar la memoria de los hombres sacrificados por una idea consiste en imitar su ejemplo, no en lamentarse como plañideras ni en rezar como cartujos. Nos haríamos dignos de Bolognesi i Grau, si en vez de limitarnos a enterrar montones de polvo i huesos, sepultáramos hoy todas nuestras miserias i todos nuestros vicios. Los vivos seríamos superiores a los muertos, si trazáramos una línea de luz i dijéramos: aquí termina un pasado de ignominias, aquí empieza un porvenir de rejeneración.

Un soplo de ira sacude el corazón más indiferente al recordar que todo sacrificio fué inútil, al ver que hoy se reduce a procesión fúnebre lo que pudo ser una **marcha triunfal hacia l'apoteosis.**

Cuando el 2 de Mayo conducíamos al cementerio los cadáveres de nuestros guerreros, destrozados por las bombas españolas, no parecíamos una muchedumbre de sombras escoltando una caravana de ataúdes.

En vano queremos regocijarnos con el recuerdo de acciones heroicas, en vano intentamos seducir al mundo con la justicia de nuestra causa i l'alevosía del enemigo implacable: todos escondemos en el pecho la tristeza del derrotado, todos mostramos en la frente la humillación del vencido.

Como los sacerdotes del Paganismo ya decrepito no podían encontrarse cara a cara sin sonreír malicio-

samente, así los hijos d'este pueblo desmembrado i abatido no podemos mirarnos frente a frente sin sonrojarnos de vergüenza.

Esta fúnebre ceremonia recuerda el careo del criminal con la víctima. Estos muertos, si nos honran i nos vindican, también nos acusan. Si estérilmente se sacrificaron ¿de quién fué la culpa?

Más que recordar acciones mil veces recordadas, más que ensalzar nombres mil veces ensalzados, con vendría pensar en estos momentos por qué caímos al abismo cuando podíamos estar de pie sobre la cumbre, por qué fuimos vencidos cuando teníamos derecho i obligación de vencer, por qué no marchamos hoi por el camino de la reivindicación i la venganza.

Pero ¿a qué salpicar de lodo la cara de los vivos mientras cubrimos de flores la tumba de los muertos? Sepulremos con amor a los buenos que nos honran, dejemos en paz a los malos que nos envilecieron i nos envilecen.

II

Todos habríamos deseado que la traslación de nuestros muertos se hubiera reducido a ceremonia de familia; pero la Diplomacia no lo quiso: el hermano en duelo tuvo que verse entre los restos del hermano asesinado i l'aborrecida figura del matador. Nuestro enemigo acaba de enviarnos con ironía sangrienta a los mismos que en el campo de batalla negaron cuartel al prisionero i al herido, a los mismos que en el templo bendijeron i glorificaron el robo, el asesinato i el incendio.

Chile, como el tirano que mataba sus mujeres i después saciaba en el cadáver su apetito de fiera con delirio jenesíaco, chupó ayer nuestra sangre, trituró

nuestros músculos, i quiere hoi celebrar con nosotros un contubernio imposible, sobre el polvo de un cementerio.

No creamos en la sinceridad de sus palabras ni en la buena fe de sus actos: hoi se abraza contra nosotros para con la fuerza del abrazo hundir más i más el puñal que nos clavó en las entrañas. Dejemos ya de alucinarnos: en nuestro enemigo, el hábito de aborrecernos se ha convertido en instinto de raza. En el pueblo chileno, la guerra contra el Perú se parece a la guerra santa entre musulmanes: hasta las piedras de las calles se levantarían para venir a golpear, destrozar i desmenuzar nuestro cráneo. Chile, como el Alejandro capuloso en el festín de Drydon, mataría siete veces a nuestros muertos; más aún: como el Oteló de Shakespeare, se gozaría en matarnos eternamente.

Aquí, al rededor destes sepulcros, debemos reunirnos fielmente, no par'hablar de confraternidad americana i olvido de las injurias, sino para despertar el odio cuando se adormezca en nuestros corazones, para reabrir i enconar la herida cuando el tiempo quiera cicatrizar lo que no debe cicatrizarse nunca.

Tenderemos la mano al vencedor, después que una jeneración más varonil i más aguerrida que la jeneración presente haya desencadenado sobre el territorio enemigo la tempestad de asolación que Chile hizo pasar sobre nosotros, después que la sangre de sus habitantes haya corrido como nuestra sangre, después que sus campos hayan sido talados como nuestros campos, después que sus poblaciones hayan ardido como nuestras poblaciones.

Entre tanto, nada de insultos procaces, de provocaciones insensatas ni d'empresas aventuradas o prematuras; pero tampoco nada de adulaciones i bajezas, nada de convertirse los diplomáticos en lacayos pala-

ciegos, ni los presidentes de la República en humildes caporales de Chile. Vamos creciendo lentamente, ocultamente, como el banco de corales en las inmensidades del Océano. En la escuela, en el taller, en el cuartel, en el hogar, en todas partes, sembremos grano a grano la buena semilla. Acumulemos gota a gota el deseo de la revancha; i cuando las gotas hayan formado un mar i tenga fuerza nuestro brazo i esté cultivada nuestra inteligencia... entonces cumplamos con nuestro deber.

Recordemos que al vencido le queda un solo consuelo: no esperar clemencia del vencedor. Seamos prácticos: n'olvidemos que las repúblicas rejidas por espíritu de vagas teorías son mujeres jóvenes i ardorosas condenadas a las estériles caricias de un viejo impotente. Abramos los ojos si no queremos que la jeneración naciente sea mañana lo que nosotros somos hoy: enterradores de muertos i lamentadores de infortunios.

En fin, no imaginemos que con haber agotado las flores de los jardines, las figuras de la Retórica i los responso de la Liturgia, hemos hecho cuanto un pueblo tiene que hacer por la memoria de sus buenos hijos. Hoy celebramos una ceremonia provisional. Los funerales de Atila fueron batallas sangrientas. El funeral digno de Grau i Bolognesi le celebraremos mañana, es decir, le celebrará la jeneración gloriosa que gane a Chile la batalla campal que nos devuelva Arica i Tacna, Iquique i Tarapacá.

TERCERA PARTE

V I J I L

I

Francisco de Paula González Vijil nació en Tacna el 13 de setiembre de 1792.

En los **Apuntes acerca de mi vida**, o breve autobiografía inédita que redactó en Diciembre de 1867, dice:

"Mis padres fueron el señor don Joaquín González Vijil y la señora doña Micaela Yáñez. Era yo el primogénito de mis hermanos, y por esta circunstancia me dedicaron mis padres al estudio.

"Recibí la beca en el seminario conciliar de Arequipa el 16 de Julio de 1803, cuando era obispo el señor Chávez de la Rosa, insigne protector, padre del colegio. Estudié Gramática, Filosofía, Matemáticas y Teología.

"El 2 de Setiembre de 1812 me gradué de doctor teólogo en la universidad de San Antonio del Cuzco. Regresé por Arequipa a Tacna, donde estudié el Derecho Natural con el señor cura doctor don Juan José de la Fuente y Bustamante.

"En 1815 me invitó el señor obispo la Encina con el vicerrectorado y la cátedra de Teología en el seminario, si estaba resuelto a ordenarme. Empecé mi viaje a Arequipa, entré a ejercicios en la misma casa del señor obispo; y aterrado a vista de lo que iba a

“hacer, me fugué la víspera de la ordenación. Después de algunos días, me presenté al señor obispo, quien me recibió con los brazos abiertos. Me dio la cátedra de Filosofía y Matemáticas en el colegio.

“En 1817 me enfermé gravemente, y me vino otra vez el pensamiento de ordenarme, lo que apoyó mi director espiritual el venerable padre fray Mateo Campló. Me ordenó el subdiácono en Diciembre de 1818, de diácono en Marzo de 1819 y de presbítero en Setiembre del mismo año el señor Goyeneche, que de antemano me nombrara vicerrector y catedrático de Teología. Fui a Tacna a decir la primera misa.

“En 1822 hice oposición a la silla magisterial del coro de Arequipa. En 1823 me separé enteramente del seminario y volví a Tacna”...

Los **Apuntes** no derraman mucha luz sobre lo conocido desde 1823 hasta 1826. Acaso esos tres años fueron una época de violentas crisis a lo Jouffroy o de interminables combates a lo Lamennais. ¿Por qué sólo venirle otra vez el pensamiento de ordenarse cuando se vio enfermo de gravedad, probablemente cuando el cerebro no estaría en el ejercicio libre de sus funciones? Esa fuga o escapada en 1815, la víspera de la ordenación ¿s'explica por esajerado escrúpulo del buen creyente o por instintiva repugnancia del hombre sin fe a dejarse investir de carácter religioso? Quien sabe si Vijil se consagró a la carrera eclesiástica, no por inclinación espontánea, sino por una de aquellas vocaciones artificiales fomentadas en el seno de las familias católicas. Tal vez la frase “me dedicaron mis padres al estudio” debe de interpretarse por “me dedicaron mis padres a la carrera eclesiástica”.

Vijil calla prudentemente las circunstancias que rodearon su ordenación i ciñe sus confidencias a decir que se ordenó de buena fe; pero en otro lugar de sus

Apuntes confiesa que desde su primer viaje a Lima, en 1826, se fue transformando poco a poco, en ese nuevo teatro, al influjo de nuevas ideas. I se concibe, aunque se concibe también que para la transformación moral de un individuo no basta el poder del medio ambiente sin la docilidad del organismo.

Con la entrada del Ejército libertador a Lima, se coló en el vetusto palacio de los virreyes una ráfaga del espíritu moderno, y la ciudad nacida, según la expresión d'Edgrad Quinet, "con las arrugas de Bizancio", ostentó en su semblante la belleza i lozanía de la juventud. Hubo un impulso jeneral de ir adelante, impulso que fácilmente se habría cambiado en estagnación o retroceso, si los españoles hubieran ganado la batalla de Ayacucho. Los hombres que sijilosamente, como practicando un delito, habían devorado un libro trunco de Voltaire o Rousseau, espresaban libremente su incredulidad i su liberalismo. Los realistas empedernidos se daban por republicanos de antigua data, los clérigos se afiliaban a las lojias masónicas, i los poetas que habían sido cortesanos de virreyes i cantores de madres abadesas, se convirtieron en Apolos de Bolívar i Sucre. Nada estraño, pues, que en semejante atmósfera, un nombre como Vijil perdiera la fe o acabara de perderla.

El filósofo sucede al creyente; pero en los primeros escritos el político refrena los arranques del propagandista. Juzgando inconveniente i hasta perjudicial descubrir de improviso toda su manera de pensar, no ataca ningún dogma, i en sus disquisiciones canónicas i cuialísticas se limita sólo a preparar el terreno para labores más radicales. Sin embargo, con sus actos revela lo que no dice con sus palabras: des'entonces, aunque conserva el hábito sacerdotal, no ejerce ninguna función eclesiástica i renuncia toda dignidad que en

la Iglesia le ofrecen los Gobiernos. A pesar de su difícil situación pecuniaria, no acepta una canonjía en el coro de Lima ni el decanato en la diócesis de Trujillo. "Dejé, dice, al clérigo "entregado a teólogos y canonistas con sus cuestiones, y "me quedé de hombre y "ciudadano".

II

Como terreno para ejercer su actividad, o más bien, como sucedáneo de las ocupaciones religiosas i docentes, escujo la política i se lanzó a la palestra con todo el entusiasmo de la juventud. Hacía mui pocos años de la Independencia i duraba la hora de las ilusiones. Figurándose que l'América del Sur formaría en breve tiempo repúblicas iguales o superiores a los Estados Unidos, todos los hombres de buena voluntad querían prestar (1) su contingente i consideraban como delito l'abstención. Bolívar no había pronunciado sus desconsoladoras palabras "La América es ingobernable" Los "que han servido a la revolución han arado en el mar. "La única cosa que se puede hacer en América es emigrar".

La vida pública de Vivil empieza en 1826 al ser electo diputado por Tacna. De ahí en adelante lleva una existencia variada i activa. Así, de 1826 a 1830 emprende por motivo de salud un viaje a Chile, en 1831 se gradúa de doctor en derecho, desde 1831 hasta 1834 desempeña con algunos intervalos el rectorado del Colejio de la Independencia en Arequipa, de fines de 1836 a principios de 1838 ocupa en Lima el puesto de bibliotecario. Publica también artículos en algunos diarios, compone libros de largo aliento, asiste a las sesiones de los Congresos i emprende viaje a Lima, Tacna, Arequipa, etc.

En los **Apuntes** dice:

"En 1826 vine a Lima como diputado por la provincia de mi nacimiento; asistí a las juntas preparatorias, y no firmé la representación que hicieron cincuenta y dos diputados pidiendo que se suspendiera la instalación del Congreso, como sucedió...

"En 1827 fuí elegido nuevamente diputado, y aunque mi salud no se hallaba en buen estado, concurrí a las sesiones que acabaron en 1828. Escribí algunos artículos en el **Eco de lo Opinión**. Concluido el Congreso, navegué para Chile en busca de la salud, contando con lo que había economizado de las dietas de diputado, y regresé a Tacna en 1830.

"Elegido diputado en 1831 para el Congreso de 1832, fuí a Arequipa, pues el Supremo Gobierno me había nombrado rector del Colegio de la Independencia. Recibí en la Universidad de San Agustín de Arequipa el grado de doctor en derecho, por haber sido de los miembros fundadores de la **Academia lauretana**. De Arequipa vine a Lima por la segunda vez, como miembro de la Cámara de diputados y entonces se hizo la acusación en que tuvimos parte veintidos diputados (1832).

"En 1833 fuí elegido diputado a la Convención por mi provincia y por la de Arequipa. Escribí en el **Constitucional** de esa época; y confieso ahora, arrepentido y avergonzado, que me dejé llevar de la exaltación de partido, como lo he notado en el ejemplar de la Biblioteca y otro mío, número 20, el 15 de Febrero de 1834...

"En Tacna hice oposición el 14 de Marzo de 1836 en una junta pública, al conato de varios sujetos para que la provincia se separase de la capital de la República y de la del departamento y se pudiese bajo la

protección del General Santa Cruz, Presidente de Bolivia, que se hallaba de auxiliar en el Perú.

“En 1839, después de la victoria de Yungay y la caída de la Confederación, contradije al comisionado del Prefecto de Arequipa, que llevaba el encargo de trabajar en reducir el nuevo departamento a su antiguo estado, reincorporando sus provincias al departamento de Arequipa... Poco después fui conducido por soldados, para ir al destierro, de orden del General que entonces ejercía poder absolutamente en el Sur, lo que tuvo la aprobación del Presidente Gamarrá: me creyeron cómplice en la Confederación... El 28 de Julio zarpó para Valparaíso el buque que nos llevaba desterrados.

“De Chile volví a Tacna en Enero de 1840”.

L'actividad en la vida pública de Vijil terminó por 1845 cuando vino por segunda vez a desempeñar en Lima el cargo de bibliotecario. Tenía ya concluída la primera parte de su obra **Defensa de l'autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana**, i de ahí en adelante, vivió exclusivamente consagrado a sus estudios predilectos i publicación de sus escritos.

No quiere ya mezclarse en la política militante i hasta s'esquiva de intervenir en las discusiones parlamentarias alegando por excusa el mal estado de su salud. Así, en 1851 asiste mui poco a las sesiones del Congreso i en 1866 s'exime de admitir la senaduría. Quién sabe sentía el prematuro cansancio de la edad, quién sabe estaba desengañado de la vida pública. Habían trascurrido algunos años desde la Independencia i se cumplía la predicción de Bolívar:

“Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para pasar después a las de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y estinguidos por la ferocidad”.

Aunque fué ocho veces electo diputado i una vez senador, aunque luchó con denuedo i enerjía en las Cámaras o fuera d'ellas, Vijil nunca figuró en sitio culminante ni pudo ejercer acción decisiva i capital sobre los graves acontecimientos del país. Con su carácter de clérigo laico se había colocado en situación delicadísima. En pueblos como Francia, un Lakanal es miembro de l'Academia de Ciencias, un Daunou **par**, un Sieyes **director** i **cónsul**; pero en naciones como el Perú, el clérigo que rompe con la Iglesia vive condenado al aislamiento, a una especie de secuestro social. Dichoso si le dejan morir en calma. Vijil ministro de justicia, Vijil vocal de una corte, Vijil presidente de la República, había suscitado una oposición jeneral. Por eso, mientras clérigos públicamente simoníacos i libertinos, pero ortodoxos, eran ministros i obispos, él, públicamente impecable, pero heterodoxo, murió de simple bibliotecario.

Con sus ideas políticas no produjo tanto ruido como con sus ideas religiosas: se manifestó siempre republicano moderado, liberal a estilo de los revolucionarios franceses de 1848. Defendió la libertad de consciencia, la tolerancia de cultos, el matrimonio civil i el divorcio; pero siempre tuvo la concepción romana del Estado omnipotente. Así, al quitar a la Iglesia los privilejios i l' autoridad suprema sobre las consciencias, no lo hacía tanto para emancipar completamente al individuo cuanto para consolidar i ensanchar el poder del Estado.

Como siempre sostuvo las mismas convicciones, como permaneció firme i leal mientras sus antiguos correligionarios cedían i prevaricaban, se rodeó de inmenso prestigio, aunque no de muchos discípulos o imitadores. Mil aplaudían su actitud i le daban razón; nadie le imitaba o le seguía. Confinado en su biblioteca, representaba el papel de jefe honorario de un partido lí-

beral sin liberales, como quien dice, jeneral de un ejército sin soldados.

III

Pero al ahuyentarse de l'arena política, Vijil no se introdujo en campo más tranquilo. A las agitaciones del hombre público sucedieron las penurias del escritor, el ímprobo afán de años enteros en conseguir recursos para costear la impresión de sus libros. Su primera obra, empezada en 1836 i concluída en 1845, no pudo salir a luz hasta 1848 i 1849.

"En 1845 dice en los **Apuntes**, vine por la cuarta vez a Lima a buscar suscripciones para imprimir la primera parte de la obra, interrumpida en el destierro y concluída en Tacna después del regreso.

"Mucho he sufrido en la impresión de mis escritos por falta de fondos para costearla. Muchas vergüenzas he pasado. Escribía a sujetos de esta capital y de fuera de ella para que me hiciesen el favor de buscarme suscripciones; y como éstas no alcanzaron a los gastos hechos, quedé adeudado y tuve que enajenar dentro de la familia la parte que me tocaba entre mis hermanos para pagar a mis acreedores...

"Publicada la obra en 1848 y 1849, la condenó en un **breve** especial el papa Pío IX a solicitud del señor arzobispo de esa época. Con motivo de la condenación escribí una carta al Papa y analicé su **breve**: la carta y el análisis fueron condenados por la Congregación del Índice lo que fué plenamente aprobado por "el Pontífice".

Dos condenaciones seguidas: no bastó más para que Vijil se convirtiera en objeto de admiración para unos i materia d'escándalo para otros. Un hereje que, en lugar de amilanarse con los anatemas, erguía la ca-

beza i s'encaraba con el Sumo Pontífice, era cosa nunca vista en el Perú. Olavide no había sido más que un hereje inédito, un impío de salón, un seudo filósofo que terminó por arriar bandera i cantar la palidonia.

Soportando los insultos i calumnias de la **jente santa**, sin protección alguna de los Gobiernos atendido a sus propias fuerzas, Vijiil continuó por más de veinticinco años en su obra de propagandista i defensor del Estado contra la Iglesia. Los **Apuntes** contienen la enumeración de sus principales trabajos.

"En 1852 publiqué el **Compendio** de la obra ordenada y un cuaderno de **Adiciones a la Defensa de la autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana**, á que siguió luego la **condenación**.

"En 1856 publiqué la segunda parte, **Defensa de la autoridad de los Obispos**, y en 1857 su **Compendio**, así como la **Ojeada al Equilibrio**, segunda edición aumentada de la que hice en 1853...

"En 1858 hice publicar en Bruselas un volumen contra la **Bula dogmática** de 8 de Diciembre de 1854.

"En 1859 compuse y se publicó el **Catecismo patriótico**. En 1861 el **Compendio de los Jesuitas**. En 1862 el tomo primero de los **Opúsculos sociales y políticos**; otros se hallan impresos separadamente ó en periódicos y la mayor parte inéditos. Escribí en el **Constitucional** de 1858; en la **América** y en la **Democracia** de 1862. En 1863 publiqué la obra de los **Jesuitas**. Publicados están igualmente en 1863 cinco opúsculos sobre tolerancia y libertad civil de cultos y otro en defensa de los anteriores; corren éstos en un volumen.

"También en 1863 publiqué un **Manual del Derecho público eclesiástico para el uso de la juventud americana** y unos **Diálogos sobre la existencia de Dios y de la vida futura**. Uno y otro trabajo fueron condenados

por la Congregación del Índice el 25 de Abril de 1864, lo que fué aprobado por el papa Pío IX el 29 del mismo mes. Con motivo de la condenación de los **Diálogos**, en que defendí la existencia de Dios y de la vida futura, tengo escrita una segunda carta a Pío IX, que no he querido remitírsela.

“En 1867 he trabajado la impugnación de un folleto intitulado **Examen comparativo de la monarquía y de la república**. Además un **Bosquejo histórico de Bartolomé de las Casas, Defensa de Bossuet y de Femenón**, y varios opúsculos sobre diferentes acontecimientos del año”.

Como se ha visto ya, Vijil redactó los **Apuntes** en Diciembre de 1867; pero algunos años después, agregó esta nota bibliográfica:

“Posteriormente se ha publicado un volumen en 1871 que contiene mis tres cartas a Pío IX, la primera con motivo de la condenación de la **Defensa de la autoridad de los Gobiernos**, la segunda por la condenación de los **Diálogos**, y la tercera á consecuencia de la **Infalibilidad**. Contiene varios documentos al caso”.

Deja inédita una obra capital en que, apartándose de cuestiones canónicas i curialísticas, se muestra francamente racionalista i refuta uno por uno todos los dogmas católicos, desde el pecado orijinal hasta la divinidad de Jesucristo. Libro pesado en la forma i poco nuevo en el fondo, no hará olvidar las obras conjéneres de Peyrat, Larroque i principalmente de Strauss. Publicado hoi, a los veinte o veinticinco años d’escrito, después de los profundos trabajos emprendidos por los alemanes, ingleses i franceses, el libro produciría entre eruditos i exejetas europeos el mismo efecto que la resurrección de un hombre muerto en el siglo XVI.

Pero, si la obra inédita no encierra el mérito de la novedad, conserva gran valor documentario para cono-

cer la evolución sicológica del autor i explicarnos su modo de proceder en la tarea de propagandista.

Dice en el **Prólogo**:

"En un campo limpio y llano basta el riego y el arado con algunas operaciones más, para echar la semilla del fruto que se intenta recoger; pero cuando hay árboles, plantas y malezas que es preciso descuajar, ha de proceder otra suerte de trabajo, á veces duro y prolongado, hasta llegar al objeto principal.

"Estas reglas fundadas en la prudencia me han servido de guía en mis estudios y en los trabajos que he emprendido en servicio de mi patria y de toda la América. En países católicos, donde hay una creencia profundamente arraigada y la religión católica ocupa lugar entre las leyes fundamentales del Estado, no es dable ni conveniente y pudiera ser en extremo perjudicial emitir la última idea que se tiene en el ánimo, emitirla exabrupto; lo que á más de acarrear escándalo y gran perturbación en las conciencias, produciría un efecto contrario al que intentaba y retardaría en vez de verificar su realización".

"Por tanto, quise proceder gradualmente".

Vijil, en su evolución religiosa, se despojó de las creencias católicas, para vivir confinado en una especie de cristianismo liberal o vago teísmo cristiano. Al decir que "dejó al clérigo entregado a los teólogos i se quedó de hombre tuvo por conveniente agregar: "aunque siempre cristiano, porque el Evangelio es la religión de todo hombre de bien, pero como estaba en la cabeza y en el corazón de Jesucristo". Cristianismo un poco vago i de latitud inmensa desde que nadie sabe con seguridad i precisión lo contenido en la cabeza de Jesucristo: al saberlo, no habría mil sectas cristianas, apoyadas todas en l'autoridad de los Evangelios. (En sus **Diálogos**, más dignos del padre Almeida

que de Platón, defiende con tanto ahinco la existencia de Dios i la inmortalidad del alma, cifra tanta confianza en el poderío de sus razones, que el lector menos maligno disfruta el placer de sonreírse, ya que no alcanza la felicidad de convencerse.

Ante las formalidades acometidas de los revolucionarios modernos contra el orden social i relijioso, los ataques del heterodojo peruano parecen tiros de mosquete juntos a descargas de cañón Krupp. Sin embargo, en este pueblo de secular fanatismo español, los escritores de Vijil pasan hoy mismo por atrevidas novedades, aparecen como trochas en el corazón de una selva primitiva.

IV

Al revés de Olavide, que en los últimos años vivió tristemente viéndose desdeñado por los ortodoxos como antiguo apóstata i por los heterodoxos como nuevo prevaricador, Vijil tuvo una vejez honrosa i se conquistó la suprema gloria que apetece un anciano, verse respetado i creído. Como desde sus primeros años supo rodearse de simpatía, como logró imponerse con su austeridad i buena fe, no sufrió persecuciones i pudo ejercer libremente su propaganda o apostolado solitario.

Murió en Lima el 9 de Junio de 1875. Los sacerdotes asediaron su agonía par'arrancarle una retractación **in extremis** o tener ocasión de inventarla; pero él rechazó todas las insinuaciones i murió laicamente, "en los brazos del buen Jesús", como repetía en los últimos momentos.

Temeroso alguna vez de que su cadáver fuera objeto de profanaciones, había designado como sepulcro la isla de San Lorenzo hasta que sus restos fueran trasladados a Tacna. Pero sus temores no se realizaron;

Lima en 1875 no era ya la Lima que algunos años antes apedreaba en las calles a los diputados que en la Convención defendían la libertad de cultos. Como algunas provincias de la República, sin amedrentarse con los anatemas de Pío IX, elegían representantes de la nación al escomulgado, así el pueblo de la Capital, sin oír las imprecaciones clericales, condujo en hombros el cadáver del impenitente.

I el pueblo tuvo razón: pocas vidas tan puras, tan llenas, tan dignas de ser imitadas, como la vida de Vijil. Puede atacarse la forma i el fondo de sus escritos, puede tacharse hoy sus libros de anticuados o insuficientes, puede, en fin derribarse todo el edificio levantado por su intelijencia; pero una cosa permanecerá invulnerable i de pie, el hombre.

Vijil consumió en el estudio los dilatados años de su existencia, se mantuvo libre de miserias en atmósfera saturada de todas las malas pasiones i atravesó ileso las vergonzosas épocas de corrupción en que los más fuertes cayeron i los más limpios se mancharon. Cuando llegó la hora de partir a lo Desconocido, se hundió en el sepulcro sin pronunciar una cobarde retracción ni amilanarse con alucinaciones i espejismos de ultratumba. En resumen, supo vivir i morir como filósofo.

Vendiendo su patrimonio para costear la publicación de sus libros, soterrándose por más de treinta años entre los pergaminos de una biblioteca, luchando sin miedo ni jactancia para llevar a cabo la magna empresa de secularizar la vida, trabajando constantemente en dar luz a los miopes del entendimiento i vigor a los enfermos de la voluntad, contestando costésmente o con leves ironías a los ataques brutales de la superstición i la ignorancia, se presenta como un ejemplo i también como un'acusación.

Lutero, al romper con la Iglesia, sintió una incesante cólera, interrumpida por gritos de un remordimiento que le hacía envidiar a los muertos; Vijil, al perder las creencias de los primeros años, conservó la injénita mansedumbre de carácter. Bastaba contemplar una sola vez su fisonomía para convencerse que había matado el odio en su corazón. Pero no hai que atribuir su imperturbable mansedumbre a timidez o cobardía: bajo l'apacibilidad del semblante, ocultaba la fortaleza del hombre manso. El supo encararse con Santa Cruz, Gamarra y Costilla cuando muchos enmudecían i temblaban. Como escritor figura en el número de los osados i valientes. Atacar el fanatismo en sociedad de fanáticos ¿no vale tanto como salir a la barricada o al campo de batalla?

Entre sus muchas cualidades resalaba "la enerjía moral de la voluntad". Nunca se abatió. En las épocas de mayor producción cerebral tuvo que luchar con su propia naturaleza débil i enfermiza. Postrado en cama, acometido de constantes hemorragias, acosado por fuertes dolores neurálgicos, pensaba i producía sin tener aliento para redáctar sus ideas. Obligado a permanecer horas enteras inmóvil i d'espaldas, ni aún podía leer. Entonces le servía de plumario i lector un muchacho hemipléjico, ignorantísimo, que en la escritura empleaba una ortografía bárbara, i en la lectura de libros franceses o latinos una pronunciación estrofalaria.

Al tratarse de Vijil, sus adversarios pronuncian como argumento máximo la misma palabra que ayer escucharon Lutero i Calvino, que hoi escuchan Renan i el padre Jacinto, apostasía. Cargo pueril: si los hombres maduros no se hubieran despojado de los errores adquiridos en la niñez ni de las ilusiones forjadas en la juventud, la Humanidad no habría salido de cavernas i bosques. El fanático, olvidando que nada d'efini-

tivo hai en el pensamiento del hombre, se inmoviliza en una secta o partido, mientras el verdadero pensador evoluciona incesantemente como hipótesis provisoria.

Acusen a Vijil por exajeración de las buenas cualidades, no por esceso de las malas. Era un altruista con subido color de optimismo. Poseía sencillez infantil que no le dejaba ver lo ridículo de ciertas acciones o palabras. Sólo por inefable candor pudo haber escrito al fin de los **Apuntes**:

"Si mis trabajos fueran en adelante apreciados ó mereciesen alguna consideración, yo pido en recompensa á los gobernantes de mi patria que sirvan lealmente i hagan felices á unos pueblos tan dignos de serlos por muchos títulos".

Gobernantes i gobernados no tendrán su **vademecum** en las obras de Vijil, porque jeneralmente pecan de indijestas, porque no poseen la majia del estilo: más que leídas i estudiadas, serán discutidas i citadas de segunda mano. Pero, leídas o no, su autor merece un grato recuerdo: los hombres que en el Perú combatan por la Razón i la Ciencia contra la Fe i la ignorancia, deben agradecer mucho al verdadero precursor, al viejo soldado que allanó el camino, que luchó en la vanguardia, que dió i recibió los primeros golpes.

En fin, por la fortaleza de carácter, por la sinceridad de convicciones, por lo immaculado de la vida, Vijil redime las culpas de toda una jeneración. No tuvo rivales ni deja sucesores, i descuellan en el Perú como solitaria columna de mármol a orillas de río cenagoso.

INSTRUCCION CATOLICA

**Je ne veux pas que les preires
se melent de l'éducation publi-
que.**

Napoleón.

I

Cojamos un plano de Lima, señalemos con líneas rojas los edificios ocupados por congregaciones religiosas, como los médicos marcan en el mapamundi los lugares invadidos por una epidemia, i veremos que nos amenaza la irresistible inundación clerical. Padres de los Sagrados Corazones, Redentoristas, Salesianos, Jesuitas i Descalzos, todos fundan o se preparan a fundar escuelas. Hasta nuestros viejos i moribundos conventos pugnan por rejuvenecerse i revivir para constituirse en corporaciones docentes.

De la Capital, las congregaciones irradian a toda la República: reinan en Arequipa, dominan en Cajamarca, invaden Huánuco, amenazan Puno, i terminarán por adueñarse de las últimas rancherías o pagos. Todo con tolerancia de Congresos, anuencia de Gobiernos i beneplácito de Municipalidades i Beneficencias. Nuestros obispos, que todavía guardan en sus cerebros el pliegue de la Edad media, no estiman el mérito de la propaganda tolerante i se hacen odiosos con la intransigencia del sectario, mientras el sacerdote extranjero, que viene amaestrado con la experiencia de pueblos más cultos i obedece a la consigna de corporaciones bien organizadas, procede con dulzura i miramientos,

con lentitud i cautela; avanza dos pasos i retrocede uno; evita discordias, no ataca de frente, i jamás se impacienta porque confía en el auxilio del tiempo: **patiens quia aeterna.**

Todos los sacerdotes extranjeros van al mismo fin i se valen de iguales medios, desde el Visitador dominico hasta el Delegado apostólico, desde el azucarado padre francés que representa la metamorfosis masculina de la Pompadour, hasta el grotesco fraile catalán que personifica la evolución mística del torero.

Trabajan como las hormigas blancas en el maderaje de una casa o las madréporas en las aguas del mar; notamos la magnitud de la obra cuando las vigas se desploman sobre nuestra cabeza o el arrecife despedaza la quilla de nuestro buque.

Repitiendo con Leibniz que "el dueño de la educación es dueño del mundo", quiere apoderarse del niño i han empezado por casi monopolizar en Lima la educación de las mujeres pertenecientes a las clases acomodadas.

Los colejos dirigidos por institutoras laicas viven difícil i precariamente, porque las madres de familia prefieren educar a sus hijas en el Sagrado Corazón, los Sagrados Corazones o el Buen Pastor, aun cuando las directoras de esos planteles renombrados hagan de las niñas todo lo que se quiera, reinas o cortesanas, menos buenas esposas i buenas madres. Con efecto: la moral de las monjas se reduce al cultivo de la vanidad; la relijión, a la inconsciente práctica de ceremonias supersticiosas; la ciencia, a nada o cosa que vale tanto como la moral i la relijión. Una señorita, con diploma de tercer grado, sabe de Jeografía lo suficiente para ignorar si a Calcuta se va por mar o por tierra i conoce de idiomas lo indispensable para chapurrar un francés de Gascogne o balbucir un inglés del Cana-

dá. Las más aprovechadas en Bellas Artes arrancan del piano musiquitas con sonsonete de **mirliton**, o pintan (sólo durante su permanencia en el colejio) cuadros en que refunden las estampas d'Epinal i las virjenes quiteñas. En cambio, todas las jóvenes educadas por monjas salen eximias bordadoras en esterlín: bordan zapatillas para el papá que no las usa, relojeras para el hermano que no tiene reloj.

Hai más: todos esos colejios, fundados so capa de instruir a las mujeres, no persiguen más objetivo que la difusión del fanatismo. Añentes de corporaciones masculinas, radican en París o Roma, todas las congregaciones femeninas a estilo del Buen Pastor, los Sagrados Corazones o el Sagrado Corazón hacen el papel de ruedas movidas por conexiones ya visibles, ya subterráneas. ¿Qué significan los directores espirituales, los capellanes, los visitadores El Clero no aparece muchas veces, pero se deja sentir siempre. Los clérigos en la sociedad recuerdan a los cuerpos opacos en el Firmamento: aunque no se descubren a la vista, manifiestan su presencia por las perturbaciones que causan en los astros vecinos.

Hai más aún: las monjas no reparan en medio alguno para satisfacer su voracidad de adquirir dinero: padecen el mal del oro y hasta presentan síntomas de cleptomanía. Como no las anima el lucro individual, como no atesoran para sí, la impudencia en la rapacidad admiten causas atenuantes: parodian a San Martín, porque no teniendo manto propio, sustraen el ajeno para dividirlo no siempre con el necesitado. Así, no sólo cobran una pensión exorbitante, no sólo la recargan con los llamados **cursos de adorno**, no sólo aumentan **fabulosamente el ramo de los extraordinarios**, no sólo presentan inconcebibles suscripciones para interminables obras pías, no sólo especulan con libros, útiles d'

escritura i dibujo, artículos de pasamanería, baratijas de iglesia, sino llevan la parsimonia hasta implantar el **régimen de nutrición homeopática**.

Deficientemente alimentados en la época más crítica de la evolución orgánica, las mujeres no se desarrollan ampliamente ni almacenan fuerzas para más tarde, de modo que al terminar su educación, cuando regresan al seno de la familia después de seis o siete años de clausura i abstinencia, parecen deteriorados i viejos organismos que hubieran realizado ya el doloroso trayecto de la vida.

Tales mujeres ¿qué pueden concebir al ser madres?, una prole anémica, raquítica, destinada a consumir como artículos de primera necesidad el hierro i el aceite de bacalao. En las familias acomodadas, no es extraño ver hoy niños con vientres descolgados i fofos, piernas torcidas, pechos hundidos, espinazos en arco, i lo que más prueba el empobrecimiento de una raza, fisionomías seniles, caras de viejo. Nos amenaza, pues, una evolución a la inversa, un retroceso al tipo ancestral; pero semejante calamidad no entristece a las **buenas madres** ni a los buenos **padres**: como el buen católico no resume la perfección humana en el dicho del antiguo filósofo: "entendimiento sano en cuerpo sano".

Buena, perfecta, la monja es mujer incompleta i por consiguiente una mala institutora que hace de la escuela un remedo del convento en vez de trasformarla en instituto moral donde las mujeres se aleccionen para ejercer las dos elevadas funciones de la vida: el amor i la maternidad. ¿Qué saben de amor los corazones abiertos a Dios i cerrados al hombre? ¿Qué saben de maternidad los vientres que no sintieron el placer de la concepción ni el dolor del alumbramiento? Buena, perfecta, desviándose i desvelándose por igualar a la madre, la monja confunde la melosidad con la ter-

nura, la inclemencia con la justicia, la hipocresía con el pudor, i sólo consigue ofrecer una maternidad fría, empalagosa, de oficio, en una palabra, contrahecha o d'encargo relance venal.

Se pregona jeneralmente que si los hombres dictan leyes las mujeres establecen costumbres. Aquí, donde el hombre se distingue por la debilidad de carácter, donde la fortaleza de ánimo parece concentrada en el sexo femenino, la sociedad verificaría una evolución saludable si la mujer no empleara como único medio de dominación los atractivos sensuales. Desgraciadamente, el dominio de la mujer peruana sobre el hombre es un doble dominio de harén i sacristía: el clérigo detiene a la mujer por el fanatismo, la mujer detiene al hombre por el sexo.



La educación de los varones no entraña menos vicios que la educación de las mujeres. Los niños, contaminados con el ejemplo de un hogar invertido i fanático, ingresan a escuelas de clérigos donde acaban de malearse o a escuelas de seculares donde no logran corregirse.

En las clases acomodadas (como pasa con las mujeres), los niños confiados a las congregaciones docentes cuentan en mayor número. El hombre de nuestro pueblo no averigua si la escuela primaria se llama libre o nacional, si la rejentan clérigos o seculares, contentándose con aprovechar de la instrucción gratuita, venga de donde viniere; pero nuestro semiburgués i nuestro pseudoaristócrata, sea por convicciones, moda, espíritu de imitación o vanidad, prefieren casi siempre la escuela del clérigo, señaladamente la del jesuíta, que pasa en Lima por centro aristocrático. Un diputado, un prefecto, un jeneral, un ministro, un vocal de la Cor-

te, en fin, cualquiera de esos mulatos o cuarterones enriquecidos en el dolo y la concusión o encumbrados por el favor i la intriga, no se resigna fácilmente a que en la escuela municipal i gratuita se rocen sus hijos con los hijos del artesano i del jornalero.

Hasta los individuos que blasonan de incredulidad ceden a las influencias de familia i confían sus hijos a los clérigos, imaginándose que el hombre maduro se despoja fácilmente de los errores adquiridos en la infancia. Cierto, los estragos de una mala educación primaria se remedian con una buena instrucción media i superior; más, ¿quién las da en el Perú? Aquí no s'educa i apenas se instruye. Al peruano que termina su instrucción le quedan dos trabajos, si quiere vivir intelectualmente con su siglo: olvidar lo aprendido i aprender de nuevo. Hai que ser **auto pedagogo**.

¿Qué sucede con la instrucción oficial? Como no funcionan escuelas normales, los directores de Liceos brotan por jeneración espontánea o se forman por **decreto** nominativo del Gobierno; como los profesores no pueden atenerse a un sueldo inseguro, mezquino i deficiente, el profesorado, en lugar de ser ocupación exclusiva o carrera pública, se convierte señaladamente en las universidades en cargo suplementario, auxiliar o de lujo.

¿Qué pasa con la instrucción independiente? Universidades libres no existen, liceos o **jimnasios** de igual clase luchan desesperadamente para no ceder a la competencia de los clérigos. Poseemos maestros hábiles, ilustrados i de tanta elevación moral que llevan el desinterés hasta el sacrificio; pero esos buenos obreros laboran silenciosa i oscuramente como la savia en el interior del árbol: se recata el mérito, se impone el **reclame**; s'eclipsa el pedagogo, i brilla el pedante. Hai nombres que optan por el majisterio como elejirían un

trabajo manuable, que fundan un liceo como establecerían un'ajencia de domésticos i que de la noche a la mañana se consagran pedagogos como Don Quijote se armó caballero.

Pertenecientes a las universidades o a los liceos rentados por la nación o fomentados por las familias los preceptores siguen la rutina: una enseñanza puramente científica i sin oxilaciones teológicas no se concibe ni se admitiría. Así, negada la iniciativa personal i ahogado todo estímulo, abundan cátedras en que las lecciones se reducen a desgreñadas disertaciones con ergos i distingos, cuando no a la simple comunicación de copias extractadas de libros añejos i recalcitantes.

En resumen: si la enseñanza oficial es casi siempre una inoculación morbosa, la enseñanza libre suele degenerar en industria ilícita o comercio con fraudes i contrabando.

Entre tanto, ¿quién remedia el mal? ¿El pomposamente llamado **Consejo superior de Instrucción pública**?, triste remedo del **Conseil supérieur de l'Instruction publique** es un cónclave de legos, una camarilla dominada por astucia i charlatanería. ¿Los Ministros de instrucción?, más preocupados de políticas que de cuestiones sociales, pasan i pasan como nubes secas sin dejar un solo buen recuerdo. ¿Los Congresos?, tienen labor de sobra con aprobar contratos, discutir proyectos que no paran en leyes i decretar presupuestos que nadie observa. ¿Las Municipalidades i Beneficencias?, el bello ideal de Alcaldes municipales i Directores de Beneficencia se cifra en confiar todas las escuelas primarias a los Hermanos Cristianos. En el Concejo Provincial de Lima funciona desde tiempo inmemorial una Inspección de Instrucción: pues bien, de todos los ins-

pectores no brotó jamás la iniciativa para una sola reforma útil, i si hubiera brotado, no habría despertado el menor eco en el cerebro de los concejales.

El Gobierno descuida la instrucción industrial i profesional: La **Escuela de artes i oficios** fué convertida en cuartel, el Instituto de Agricultura en hacienda de panllevar. La **Escuela de construcciones civiles y de minas**, con todas sus apariencias de satisfacer una imperiosa necesidad, constituye el mayorazgo de unos cuantos profesores, el privilegio de unos pocos alumnos a el ataque directo a los intereses de la mayoría. ¿Hai acaso derecho de invertir injentes sumas en diplomar anualmente una docena de injenieros, mientras miles de hombres carecen d'escuelas donde aprender los rudimentos más indispensables?

El fomento de la instrucción científica o superior, a costa de la industrial i primaria, ensancha más el abismo que separa las distintas clases sociales; de un lado están los hombres que saben algo i creen saberlo todo; de otro lado, los que nada saben ni esperan saber. ¿De qué aprovecha la instrucción que se levanta sin estenderse a Instruir a un pueblo? ¿consiste acaso en dar a unos cuantos privilegiados un caudal más o menos puro de conocimientos trascendentales? Si los privilegiados ad'quifieran ciencia profunda, i por consiguiente humana, servirían de agentes civilizadores i benéficos; pero no, resultan sabios a medias, con inteligencia suficiente par'aguzar la malicia, sin moralidad necesaria para refrenar los malos instintos: globos a medio inflar, vuelan a ras del suelo arrancando con el viento los techos de las casas i las plantas de los sembrados.

Ahí están nuestras universidades. ¿Qué bien hicieron, qué luz derramaron todos esos hombres que vivieron incrustándose en el cerebro la **Instituta** de Justinia-

no, el **Código Civil** i el **Derecho Canónico**? La instrucción universitaria sirvió para henchir de orgullo a los mediocres, infundir exajeradas ambiciones en los ineptos i atestar la nación de infatigables pretendientes a los cargos públicos. Dice Tolstoy que "las universidades rusas "preparan, no los espíritus que necesita el "jénero humano, sino los espíritus que necesita una "sociedad pervertida" (2). De nuestras universidades surjen lejiones de abogados que se lanzan a la política, como los **pabellones negros** a los mares de la China. Para nuestros doctores **in utroque** no hai ciencias de observación i d'esperimento, sino alegatos con **pidos** i **suplicos**: fuera de sus Códigos i de su Práctica Forense, nada saben; sin embargo, constituyen la materia prima de donde salen el financista, el diplomático, el pedagogo, el literato i hasta el coronel. Al recibirse de abogado, un hombre obtiene en el Perú diploma de omnisciencia i patente de corso. Con una moral basada en la interpretación elástica de la Lei, sin escrúpulos ni remordimientos desde que las ambigüedades i casuismos del Código encierran toda obligación i toda sanción, nuestros rúbulas atraviesan la sociedad perfectamente abroquelados para la lucha por la existencia. No merecen un panejítico nuestros militares, llevan sobre la consciencia mui graves delitos; pero, si quiere juzgárseles con imparcialidad, debe recordarse que al oído de todo sátrapa con entorchados zumbó siempre un abogado de alma hebrea i corazón cartajinés.

Si el Foro peruano forjara las armas para contrarrestar la invasión negra, estamos lucidos. Todos nuestros doctores pertenecen a la **Unión católica**, a l'**Adoración perpetua** i a l'**Archicofradía de nuestra Señora**

(2).—La liberté dans l'école.

del Rosario i los poquísimos que aciertan a emanciparse del yugo religioso disimulan su emancipación como una enfermedad venérea: dejan al clérigo hacer con tal de que el clérigo les deje vivir i medrar.

II

Para enseñar Injenitura, Medicina o Filosofía, buscamos ingenieros, médicos o filósofos, mientras para educar personas destinadas a establecer familia i vivir en sociedad, elejimos individuos que rompen sus vínculos, con la Humanidad i no saben lo que encierra el corazón de una mujer o de un niño. La educación puede llamarse un enjendramiento psíquico: nacen cerebros defectuosos de cerebros mutilados. ¿Cómo formará, pues, hombres útiles a sus semejantes el iluso que hace gala de romper con todo lo humano, de no pertenecer a la Tierra sino al Cielo? ¿Qué sabe de luchas con las necesidades cotidianas de la vida el solitario que no trabaja ni para mantenerse a sí mismo? ¿Qué sabe de sudor ni de fatigas el venturoso que no siembra ni cultiva? ¿Qué sabe de pasiones humanas el mutilado del amor, del sentimiento más jeneroso i más profundo? Mírese desde el punto de vista que se mire, el sacerdote carece de requisitos para ejercer el majisterio.

Tiene algo ríjido, marmóreo i antipático el individuo que vive segregado de sus semejantes i atraviesa el mundo con la mirada fija en no sabemos qué i la esperanza cifrada en algo que no llega. Ese vacío del corazón sin el amor de una mujer, ese despecho de no ser padre o serlo clandestinamente, hacen del mal sacerdote un alma en cólera, del bueno un insondable pozo de melancolía. Nada tan insoportable como las jeneralidades histéricas o las melosidades jemebundas de

los clérigos, que poseen todos los defectos de las solteras i ninguna de las buenas cualidades femeninas: especie de andrójinos o hermafroditas, reúnen los vicios de ambos sexos.

La crónica judicial de las congregaciones docentes prueba con hechos nauseabundos el riesgo de poner al niño en comercio íntimo con el sacerdote. A mayor misticismo i ascetismo del segundo, mayor riesgo del primero. Lo religioso i lo voluptuoso andan tan unidos que el místico suele concluir por encerrarse en el háren, como el libertino acaba muchas veces por desvanecerse en las nubes. La predilección de las mujeres por Jesús i de los hombres por María ¿no revela que hasta en la devoción intervienen la voluptuosidad i el sexo? Penitencias i oraciones que parecen servir d'escudo a la tentación actúan como despertadores sensuales. Los santas, al salir de sus éstasis, se retorcían como serpientes en el fuego i rompían en jaculatorias que remedaban los suspiros del orgasmo; los santos eremitas, después de velar noches enteras en arrodillamientos i maceraciones, sentían en sus carnes las tenazas de la lujuria i, como leones, rujían al recuerdo de las prostitutas romanas.

Por su manera de ser, por sus ademanes i hasta por su vestidura o disfraz, los clérigos repelen, como la emblemática imajen de su doctrina. Cubiertos de negro desde los pies a la cabeza, encajonados en la sotana, no parecen hombres que se mueven como los demás hombres, sino ataúdes que marcharan solos. Si limpios, con el cuello de mostacillas, los puños de hilo bordado, las hebillas de plata, los polvos de arroz, el almizcle de la mujer pública i todas las frivolidades que patentizan el afeminamiento del sexo; si desaseados, con la barba eternamente a medic crecer, el rostro lúbrificado con la grasa de la primera comunión, la llu-

via de caspa en los hombros, la uña con el implacable filete oscuro i el olor a mugre revuelta con sudor avinagrado.

N'obstante, clérigos i frailes sueñan con cernerse sobre la Humanidad, como si hubieran caído de un astro incorruptible i gozaran d'exención divina. Emparedados en su yo, creyéndose superiores a los demás hombres, sino ataúdes que marcharan solos. Si limpios si humildes, s'humildad, como el harapo de Diógenes, deja traslucir la soberbia. I nada más natural: una clase que se imagina poseer la única verdad, que se proclama investida de carácter sagrado, que pretende redimir los pecados del rei i del mendigo, que delira con trasportar a Dios del Cielo, debe rebosar de orgullo i ver en seglares profanos una estirpe de seres ínfimos. La primera entre todas las mujeres, la Virgen inmaculada, la Reina de los cielos, la madre del mismo Dios —María—, estampa humildemente los labios donde el último sacerdote deja la huella de su pie. Orgullo i vanidad producen las más estrañas aberraciones en clérigos i frailes: no satisfechos de considerarse superiores a la especie humana, se tienen por colaboradores de la Divinidad, hasta se figuran que Dios les vive agradecido por los servicios que le prestan en la Tierra.

Como último recurso para enaltecer la educación clerical, no debe alegarse la buena fe de los profesores; buena fe tiene el mahometano que muere salmodiando versículos del Corán; buena fe, el negro del Congo que suprime a su madre con intención de transformarla en espíritu bienhechor i poderoso; buena fe, el indostán que se arroja en tierra para ser destrozado por el carro de Vichnú; buena fe, el salvaje que para sangrar la benevolencia de un fetiche se pintarraja con sangre de su enemigo; buena fe el fakir que por veinte años permanece sentado en una silla erizada de clavos agu-

dos, imaginándose que la podre de sus heridas le servirá de bálsamo en el otro mundo. No, la buena fe no basta; i como para curarnos de una enfermedad, no buscamos injenieros de buena fe, sino médicos de buen saber, así, para educar niños, no debemos recurrir a teólogos de buena fe sino a educacionistas que sepan bien lo que son la mujer i el niño.

La Pedagogía clerical preconiza el internado, quiere decir, la secuestración: secuestración lejos de la familia par'amortiguar en el niño los efectos naturales, secuestración lejos de la sociedad par'hacer del niño un ciudadano de Roma i no del Universo, secuestración lejos de la vida para guiar al niño por la tradición o voz de los muertos.

En el internado florece el réjimen monacal i soldadesco, así no debe estrañarnos el encontrar acordes para sostenerle a la Iglesia que pretende hacer de cada hombre un sectario i a Napoleón que soñaba convertir a todo francés en soldado. Para el déspota, la escuela es un cuartel donde todo marcha al redoble del tambor; para el fanático, un convento donde todo se rige por el toque de la campana. El cerebro el temperamento, en una palabra, el yo del individuo, figura como cantidad despreciable; reconocida la infalibilidad del **Catecismo** i la inviolabilidad de la **Ordenanza**, le quedan al alumno el silencio a toda iniciativa personal, el respeto ciego al superior i la obediencia pasiva. Hai que profesar doctrinas rechazadas por nuestra razón, que aceptar sentimientos contrarios a la índole de nuestro ser, que vivir fuera de nuestro centro, que cambiar la voluntad i la consciencia por el automatismo hasta el extremo de movernos sin gana, comer sin hambre i dormir sin sueño.

Se necesita no haber soportado la incesante presión de un reglamento pueril i absurdo, no haberse de-

esperado entre el espionaje del superior i la delación del condiscípulo, no haberse maculado en el roce ineludible con una muchedumbre torpe o malévola, no haber conocido la promiscuidad porcina de un refectorio ni haber respirado la fétida i cálida atmósfera de un dormitorio común, para encomiar la excelencia del internado.

Nada extraño que semejante régimen produzca sus efectos. El alumno, aislado espresamente del otro sexo, crecido en el espíritu de hostilidad que la Iglesia fomenta contra la mujer, ingresa en la vida social i forma familia, con más disposiciones para libertino i tirano doméstico que para hombre, marido i padre. Saturado de falsas ideas, sin conocimiento alguno del carácter femenino ¿qué puede hacer? Los sacerdotes i con ellos todos los preconizadores del internado, olvidan que el hombre no se civilizó en la tienda de campaña, en el cuartel, en el claustro ni en la escuela, sino en el hogar, bajo la dulce influencia de la mujer. Olvidan también que nada influye tanto en l'adquisición de ideas cortas i mezquinas, que nada malea tanto el carácter de un hombre como el trato exclusivo con personas de su mismo sexo. En todo buen discípulo de la educación sacerdotal, si no hai un **misójeno**, s'encierra un **prudoniano** que sólo admite dos rangos en la mujer: cortesana o ama de llaves.

La enseñanza clerical se somete al dogma. Como los antiguos hacían jirar planetas, Sol i estrellas al rededor de la Tierra, los sacerdotes hacen moverse todos los acontecimientos humanos en torno de la Biblia. Todo lo acomodan, lo achican, lo agrandan, lo vuelven, lo revuelven, lo desfiguran i lo deforman para conformarlo con las sutiles i sofísticas interpretaciones de textos dudosos i oscuros. Tienen una Filosofía ortodoxa, una Historia ortodoxa, un'Astronomía ortodoxa i hasta

una Medicina ortodoxa. Acostumbrados a vivir en las sombras teológicas, segregan oscuridad, como el viejo minero de Jerminal, que a fuerza de respirar entre carbón de piedra, concluyó por escupir negro. Las tinieblas les favorecen, pues "las religiones, como las luciérnagas, necesitan oscuridad para brillar".

Con el sometimiento de las Ciencias al Dogma viene el desdeñoso rechazo de toda concepción racionalista i, más que nada, de toda Filosofía, particularmente de la griega, que sigue resonando en el mundo como el himno triunfal de la Razón. Para muchos (no sólo tonsurados sino profanos), la quintaesencia del saber helénico vive i se condensa en la Mitología; ¡cómo si un Anaxágoras o un Parménides, un Empédocles o un Epicuro hubieran creído en las Divinidades poéticas de Homero y Hesíodo! Engloban en una anatema común a todos los sabios de Grecia, aun cuando más luz derramaron sobre la Humanidad Tales i Pitágoras con sus teoremas i problemas que todos los teólogos con sus nebulosas controversias i todos los concilios con sus declaraciones dogmáticas. La Ciencia moderna no es un salto sino una continuación de la Ciencia griega; los sabios más profundos se vanaglorian de beber en las fuentes de l'Antigüedad, aun recurriendo a textos mutilados o corrompidos; i sin embargo, los más doctores de la Iglesia reconocen con Bellarmino "más ciencia en la cabeza de un púrpuro instruido en el **Catecismo** que en las cabezas de todos los filósofos paganos "i maestros de Israel".

¿Qué resulta de una enseñanza fundada en el **Catecismo**? El niño abandona desde temprano el mundo real, para vivir en una región fantasmagórica. Adaptándose a un medio milagroso donde, en lugar de reyes inmutables, reinan voluntades flexibles, irregulares i arbitrarias, concluye por tomar a lo serio los mitos i

leyendas de los libros sagrados, como un campesino cree verídicas las novelas de Dumas o vivientes las figuras de una linterna mágica. Esas serpientes que discurren con las argucias de un doctor en Jurisprudencia; esos ángeles que s'entretienen en seducir a las hijas de los hombres, usando las estratagemas de don Juan Tenorio; esos guerreros que en el fragor de una batalla inmovilizan el Sol, de la misma manera que un relojero detiene el péndulo de un cronómetro; ese Dios que hoy crea i mañana se arrepiente de haber creado i compone i recompone su obra, como artista caprichoso i voluble que se divierte en modelar i desbaratar figuras de arcilla plástica; ese Universo, en fin eternamente perturbado por lo ilógico i lo sobrenatural, ejercen perniciosa influencia en el niño, le acostumbran a lo falso y maravilloso, le hacen concebir posible lo absurdo, le matan en jermen toda concepción sana i positiva de la Naturaleza, le trasforman en receptáculo pasivo de todos los errores. Los sacerdotes convierten al hombre en una especie de palimpsesto; obliteran del cerebro la Razón para grabar la Fe, como los copistas de la Edad Media borraban del pergamino un discurso de Cicerón para escribir la crónica de un convento.

Por eso, nada más refractario al espíritu de la Ciencia que los cerebros deformados por una educación ortodoxa: convencidos de lo absurdo, siguen creyendo "por lo mismo que es absurdo". Se consigue hacer entrar en razón a mil judíos o mahometanos primero que a un solo católico. Los buenos creyentes, los católicos rancios, son como esas botellas de vidrio que en su vientre guardan una bola más gruesa que el gollete: hai que romper la botella para sacar la bola.

Lo anticientífico de la educación religiosa ¿se compensa con lo moral? Conviene advertir que no cabe diferenciación entre Ciencia i Moral desde que las re-

glas de moralidad se derivan de los principios sentados por la Ciencia. Con razón Augusto Comte colocaba la verdadera moral, la Moral sin Teología ni Metafísica, en la parte más encumbrada del saber, como el foco luminoso en la punta del faro. Como no existe **Ciencia definitiva ni perfecta, cada siglo tiene la suya.** Pero los sectarios de la superstición más absurda o pueril ensalzan sus hipótesis como las únicas soluciones racionales, miran su Liturgia como la más digna forma de rendir culto a los Dioses i se consideran ellos **mismos como los únicos hombres capaces de llegar a la perfección moral.** Nadie profesa con tanto desembarazo la doctrina de la perfección exclusiva como los católicos: la última, la inmovible palabra de moralidad ha sido enunciada ya por el Rabí de Nazaret; las naciones que no se rijen por la voz de Cristo, correjida i **adicionada por la voz de Roma, se igualan a manadas de fieras entretenidas en procrear y devorarse.**

Felizmente, pasó ya el tiempo en que no se advertía perfección fuera de una secta, i hoy se concibe tanta belleza moral en el buen judío como en el buen protestante, en el buen budista como en el buen mahometano, en el buen deísta como en el buen ateo. La moralidad del último encierra tal vez mayor desinterés i mayor nobleza: quien practica el bien por la remuneración póstuma no difiere mucho del usurero que presta hoy una moneda para embolsar mañana diez. Si comparamos a los justos de la **Diócesis laica** con los justos de la Iglesia Católica será fácil descubrir la superioridad.

¿Tiene derecho no sólo el Catolicismo sino todo el Cristianismo para jactarse de haber anunciado a la Tierra como Moral nueva? ¿Qué precepto de esos llamados **divinos** quedó sin ser formulado implícita o explícitamente por los filósofos del Indostán, la China, Per-

sia, Judea, Grecia i Roma? Si hasta la máxima capital de amar al prójimo como a sí mismo no le pertenece ¿cómo sostener que la Religión Cristiana posee una Moral diferente de la Moral profesado por los grandes filósofos de la Antigüedad? El Cristianismo se redujo a la reacción de fanatismo judío i oriental contra la sana i hermosa civilización helénica; pero reacción **sui generis** en que el presuntuoso vencedor, a pesar de haberse proclamado rico i poderoso, no hizo más que engalanarse con los despojos del vencido. Los mismos hombres que sobre las columnas de un templo griego levantaban una basílica o transformaban una estatua de Apolo en una figuración del Cristo, convertían en preceptos divinos las máximas de los filósofos paganos.

En cuanto al Catolicismo, que alardea de guardar en su doctrina la más esquisita esencia de la Religión Cristiana, se le debe aplicar las palabras de Rossini a juzgar una ópera: **Tiene algo bueno i algo nuevo, con la circunstancia de que lo bueno no es nuevo i lo nuevo no es bueno.** Efectivamente, el Catolicismo posee su moral en el cúmulo de preceptos incongruentes i ambiguos que el niño estudia sin comprender, que el hombre olvidado recuerda sin practicar. Viéndolo bien, la secta católica encierra la negación de toda Moral, donde según San Pablo: "por gracia somos salvos por la fe; y esto no de nosotros, pues es dón de Dios: no por obras, para que nadie se glorie", las voliciones quedan de más.

Una relijión que se afana por considerar la Tierra como un tránsito i la vida futura como una habitación definitiva, concluye por entregar el mundo a los fuertes i audaces. Si el **valle de lágrimas** nos ofrece poco i la Eternidad nos promete mucho, dejemos para otros lo menos i guardemos para nosotros lo más. Viviendo

espiritualmente sin preocuparnos de la materia, dejemos que en nuestro cuerpo desaseado i repugnante nuestra alma florezca i perfume como rosa de un cementerio. Un católico, para mostrarse lójico, debe darse integramente a la Iglesia, convirtiéndose, primero en niño como dice Jesucristo, después en cadáver como prescribe Ignacio de Loyola.

I todos los males de la educación católica los palpamos ya. Por más de setenta años ¡qué! por más de tres siglos nuestros pueblos se alimentaron con leche esterilizada de todo microbio impío, no conocieron más nodriza que el cura i el preceptor católico, ¿qué aprendieron? "Algunas ceremonias relijiosas, unos cuantos ritos católicos, es decir, se convirtieron esteriormente sin que una sola chispa del espíritu cristiano haya penetrado en sus almas" (1). Si del pueblo ascendemos a las clases superiores, veremos que la relijión no sirvió de correctivo a la inmoralidad privada ni al sensualismo público. Los que se distinguieron por la depravación de costumbres o el jitanismo político, recibieron educación esencialmente católica, vivieron i murieron en el seno de la Iglesia.

Si salimos del Perú, observaremos al rededor de nosotros el mismo fenómeno. Las brutales i grotescas **dictaduras** de l'América Española son un producto genuino del Catolicismo i de la educación clerical. En naciones protestantes, donde el hombre adquiere desde niño la noción de su propia dignidad, donde el respeto a sí mismo le inspira el respeto a los demás, donde todos rechazan la creencia en autoridades infalibles i obediencias pasivas, allí no se concibe un Francia, un Rosas, un García Morena ni un Melgarejo. Pero el Catolicismo con sus dos morales, una para l'autoridad i otra para el súbdito, es una verdadera secta d'esclavos tiranos.

(1). — Bakounine.

II

La Nación garantiza la existencia i difusión de la instrucción primaria gratuita.

Constitución de 1860.

La instrucción primaria de primer grado es obligatoria para todos los habitantes del Perú.

Lei de Instrucción.

Como se ve, los legisladores peruanos estatuyeron la gratuidad de la instrucción primaria en todos sus grados, obligatoria sólo en el primero; i no agregaron católica probablemente para evitar redundancias, desde que la **Constitución** dice en su artículo 4º: "La Nación profesa la Relijión católica, apostólica, romana: "el Estado la protege"...

En las escuelas sostenidas por Municipalidades i beneficencias, los niños reciben instrucción católica, esencial i forzosamente católica. En la **Lei de Instrucción**, la Doctrina Cristiana, la Historia sagrada, la Vida de nuestro Señor Jesucristo, la Historia eclesiástica, figuran como una obsesión.

Si a todo padre de familia obliga el mandato legal ¿qué hace un hombre cuando no quiere que los suyos reciban instrucción católica? El rico salva el conflicto haciendo que sus hijos s'eduquen fuera del país o reciban lecciones en su propia casa. Los que no cuentan con recursos para rentar maestros especiales ni se hallan en circunstancias de convertirse en preceptores a domicilio, deciden algunas veces que sus hijos

no pisen la escuela i los condenan a total ignorancia, pensando, tal vez con razón, que tanto vale llevar la cabeza llena de aire como llena de humo.

Como el Estado subvenciona las escuelas con dinero de los contribuyentes, o con el óbolo de todos, la enseñanza católica establece un privilegio en favor de una sola secta. Nadie queda excluido de la comunidad nacional ni exento de cumplir con sus deberes políticos, por no creer en el Catolicismo: ateos i librepensadores pagan contribución i cargan la mochila. Si hai obligaciones ¿por qué no hai derecho? La lei, con su instrucción obligatoria i gratuita, no pasa de burla, tan grosera como escitarle a un hombre la sed i acercarle a los labios un licor saturado con salitre.

¿Se aducirá que en el Perú los católicos están en mayor número i que las mayorías poseen la facultad de imponer sus leyes a las minorías? Entonces los católicos, que en Turquía o Inglaterra están en menor número, se hallarían en la obligación d'educar a sus hijos en escuelas mahometanas o protestantes. Sin embargo, nadie aprovecha más que los católicos la libertad d'enseñanza al establecer sus escuelas de Oriente, donde piden i obtienen del bárbaro franquicias que ellos niegan en Occidente al civilizado.

La conducta de la Iglesia merece recordarse: en naciones protestantes, como Holanda por ejemplo, todo un Arcipreste de Frissa clama por la neutralidad de las escuelas o laicismo en la instrucción, escribiendo que "para ver reinar la concordia, l'amistad i la caridad entre las diversas relijiones, era necesario que los profesores se abstuvieran d'enseñar los dogmas de las diferentes comuniones" (3); en los pueblos católicos, como Francia por ejemplo, el Clero se opone abiertamente a la secularización de la enseñanza primaria i considera las escuelas laicas como "un'abominable fá-

"brica oficial de ateos i enemigos de Jesucristo". "Nosotros no queremos sino la libertad de fundar nuevas congregaciones docentes", dice cualquier obispo católico en país disidente o pagano, i toda la congregación de fieles juzga que el obispo está en su perfecto derecho; pero si un'agrupación de clérigos protestantes desea establecer una escuela en algún país católico, en ese caso todos los católicos pretenden que los protestantes carecen de toda razón i de todo derecho.

La clerecía peruana cree tan suyo el derecho de vijilar la ortodoxia en la instrucción primaria que no admite discusión sobre el asunto, i se lanza denodadamente a las vías d'hecho cuando teme verse desposeída. Así, a la vez que Pardo quiso, no secularizar las escuelas nacionales, sino contratar algunos pedagogos alemanes, nuestros clérigos i nuestros frailes removieron los bajos fondos de la sociedad hasta producir asonadas i motines, últimamente, en 189... , les hemos visto renovar sus proezas cuando unos sacerdotes ingleses quisieron fundar una escuela en el Cuzco. El clero no consentira jamás en la coexistencia de la escuela católica i de la escuela protestante, por una razón fácil de adivinarse: teme la competencia. ¿Cómo no preferir el **clerigman** sociable, humano i buen padre de familia al sacerdote antisocial, agreste i **fracconier** matedero del amor.

Quien arguyera que siendo el Catolicismo la única relijión verdadera, el Estado s'encuentra en el deber ineludible de sostenerla e impedir la enseñanza pública de otras doctrinas, argumentaría con sencillez tan grande que haría sonreír al menos maligno. Ya los

(3).—Paul Bert. *L'instruction dans une démocratie*.
Conférence faite au Havre (Cercle Franklin) le 21 Mars
1880.

pueblos civilizados nos enseñan que en lo tocante a creencias no se legisla, ya todos sabemos que hoy no se disputa sobre falsedad o verdad de religiones, pues la cuestión se limita a considerarias como la Ciencia infantil de la Humanidad. Toda Religión resuelve a priori los problemas físicos i morales, forma una Cosmogonía fantástica, algo así como teoría de los colores por un ciego. La afirmación religiosa, con su carácter inesplicable i sobrehumano, adolece de anticientífica. Los dogmas no tienen que ver con leyes cosmológicas, i decir verdad religiosa vale tanto como hablar de trasparencia opaca o liquidez sólida.

El Estado no busca observantes de sectas, sino cumplidores de leyes: agrupación de individuos que practican diferentes cultos i se guían por los mismos intereses políticos. no se confunde con la comunidad de monjes que visten el mismo hábito i profesan "una degradante uniformidad de opiniones" Como los verdaderos estadistas saben que el progreso estriba en la diversidad de opiniones i creencias, legislan sin atenerse a ninguna superstición religiosa. En casi todas las naciones civilizadas, los tres grandes hechos de la vida, el nacimiento, el matrimonio i la muerte se regulan hoy con independencia de toda religión. La ley es laica. Pero la Iglesia no se conformo con un papel secundario i se cree desposeída de un derecho natural cuando no impera como absoluta soberana de vidas i de conciencias. Ella rabia por unirse al Estado con el óleo de una sacristía, para rebajarle a la condición de monaguillo. El Poder civil no es su colaborador inteligente sino su **brazo secular**: no tanto como el halcón en manos del halconero, exactamente como el instrumento a disposición del obrero.

¿Valen tanto la religión i la religiosidad para esmerarse en mantenerlas i fomentarlas? La religión va per-

diendo su carácter social para reducirse a costumbres de familia, a cosa secundaria del hogar o de uso íntimamente individual. Si hubo tiempo en que simples disensiones de secta lanzaban al hermano contra el hermano i al padre contra el hijo, si la mera diverjencia en la interpretación de un versículo abría insalvables abismos entre personas destinadas a vivir inseparablemente unidas, hoy duermen bajo el mismo techo los individuos de creencias más opuestas: a padre judío, madre luterana, hijos librepensadores. Los hombres comercian, celebran contratos, se asocian, viven juntos i hasta se aman, sin acordarse de averiguar sus religiones. Con la decadencia de la intolerancia i del fanatismo, se derrama en el mundo el espíritu de conciliación i mansedumbre. En esta universal armonía, el católico produce la única nota discordante: **in cauda venenum.**

La religiosidad considerada por algunos tan inherente a la especie humana que definen al hombre un animal religioso ¿posee tal carácter? Si ella fuera inherente al hombre, su desaparición causaría efectos mórbidos; pero sucede lo contrario: cuando más brilla en el cerebro la inteligencia, más se nubla en el corazón el sentimiento religioso. La religiosidad no pasa de accidente en la marcha de la Humanidad, corresponde a un período intermediario de la evolución mental, oscilando entre l'absoluta ignorancia i la plena ilustración: el ignorante no niega ni afirma porque nada ve, el sabio duda i niega porque ve mucho. Querer, pues, que la inteligencia no salga de la religiosidad vale tanto como pretender que el organismo se detenga en la niñez o en l'adolescencia. Según la palabra de Guyau, los espíritus científicos son arreligiosos, tienden a serlo las inteligencias medianamente cultivadas, de modo que la religiosidad con su inevitable secuela de supersticiones

se refugia en las últimas capas sociales, como la hez del vino se deposita en el fondo del barril.

Si pontífices i reyes, si políticos i guerreros, preconizan la excelencia de los sentimientos relijiosos i se desviven por inculcarlos en la masa popular ¿obran por convicciones o por conveniencia? Vemos al tigre ya enjaulado, al déspota que en Santa Elena pregona sus sentimientos relijiosos i considera como indigno de su estimación al General francés que pone en duda la divinidad de Jesucristo. Si Napoleón hubiera sido católico ¿habría ultrajado al Jefe de la Iglesia i prohibido que los sacerdotes intervinieran en la educación pública? Si hubiera sido simplemente cristiano ¿habría repudiado a su mujer lejitima, cometido incesto con sus propias hermanas, mentido i perjurado cien veces, hecho fusilar al Duque d'Enghierie i convertido la mitad de la Tierra en un charco de sangre? Si pocos admiten hoy el catolicismo de un Pío IX cuando asalariaba ejércitos de **condottieri** i daba sangrientas batallas en defensa de su poder temporal, nadie cree tampoco en el cristianismo de un Von Moltke cuando en 1875 decía: **Como alemán pido la guerra con Francia porque Alemania s'encuentra lista; como cristiano la pido también porque dentro de diez años ambas naciones perderán cien mil hombres más.**

El Estado i la Iglesia mantienen luchas seculares i al parecer irreconciliables; pero en la guerra contra los derechos individuales Iglesia i Estado se alian, se defienden tácitamente, de modo que toda tiranía se apoya en el fanatismo, así como todo fanatismo se apoya en la tiranía. En la historia de las naciones, todo recrudescimiento del Despotismo coincide con una exaltación de las supersticiones. La Relijión sirve como poderoso instrumento de servidumbre: con la resignación encadena el espíritu de rebeldía, con la esperanza de

un bien póstumo adormece el presente dolor de los desheredados. Es el monótono canto de la nodriza, i el hombre que se goza en escuchar no ha salido todavía de la infancia.

No siendo la religión católica fuente de saber, código de Moral, vínculo entre los hombres ni siquiera necesidad del individuo, siendo por el contrario elemento de dominación i tiranía ¿por qué basar en ella todo el edificio pedagógico? Reducidas a la categoría de cosa exclusivamente personal i de uso íntimo, como la ropa interior, las religiones escapan al dominio de la Lei; i así como no hai reglamento de Policía que nos prescriba llevar calzoncillos de franela o camiseta de hilo, no debe haber artículo de la Constitución que implícitamente nos obligue a recibir enseñanza católica.

Desde que el Estado no dispone de recursos para fundar en cada pueblo tantas escuelas como supersticiones hai, la única manera de salvar la dificultad sería suprimir el carácter obligatorio de las asignaturas religiosas, o más bien, no enseñar religión alguna en las escuelas i liceos nacionales.

Algunos llevan la neutralidad al punto de exigir al profesor que instruya sin educar, que enseñe sin moralizar. "La escuela, dice Tolstoy, debe proponerse por único objeto la transmisión del saber o de la instrucción, sin tratar de inmiscuirse en el dominio moral de "las convicciones, de las creencias ni del carácter" (1). Pero semejante Pedagogía se funda en la diferencia puramente escolástica entre la educación i la instrucción. La Moral positiva, la Moral profesada hoi por la parte más selecta de la Humanidad, viene de la Ciencia y guarda más puntos de contacto con la Higiene i la Fisiología que con ninguna de todas las religiones. Al segregar la moral de la enseñanza se mutilaría el edificio científico privándose de su grandioso coronamien-

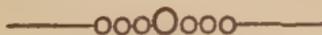
to. A más ¿cabría la segregación? Cuando se trasmite un conocimiento se inculca inevitablemente la idea de aprovecharla en beneficio integral del individuo, así como de todos sus semejantes. En la disertación de un filósofo sobre los efectos humanos no aprenderemos seguramente a practicar el egoísmo; en la lección de un naturalista sobre el común origen de la vida en el Planeta no aprenderemos tampoco a ser inhumanos con los animales. Toda enseñanza, aunque parezca dirigirse sólo al entendimiento, influye sobre la voluntad. Al esclarecer la inteligencia se moraliza: los sentimientos magnánimos bajan del cerebro.

La neutralidad en la escuela puede muy bien considerarse una cosa imposible o muy difícil: se necesita ser un imbécil o un gran filósofo para profesar una doctrina, vivir convencido de su excelencia i no tratar de inculcarla en el cerebro de sus discípulos. ¿Se concibe a un sabio de buena fe explicando teológicamente la formación del Universo i probando la posibilidad de los milagros? Sólo la Ciencia, por su universalidad, debe ser el gran fundamento de la instrucción pública: la religión es lo particular, porque hai religión judía, religión mahometana, religión católica, religión protestante, es decir, mil religiones: la Ciencia es lo universal, porque hai una sola Astronomía, una sola Química, una sola Física, una sola Mecánica. Sin embargo, si abundan individuos que prefieren la Religión a la Ciencia, dejémosles en su error, con tal que no le imponga a los demás estableciendo la obligación de recibir una educación católica.

Ya que imitamos a los revolucionarios del 89, debemos coronar la obra imitando también a los hombres

(1).—La liberté dans l'école.

de la tercera República francesa, a los que van haciendo práctico el ideal de Condorcet i profesan el aforismo: "La Ciencia en la escuela, la instrucción religiosa "en el templo".



INDICE — I TOMO

	Pág.
De los Editores	5

PRIMERA PARTE

Conferencia en el Ateneo de Lima	7
Discurso en el Palacio de la Exposición	34
Discurso en el Teatro Olimpo	37
Discurso en entierro de Luis Márquez	49

SEGUNDA PARTE

Grau	52
Discurso en el Politeama	60
Perú y Chile	68
15 de Julio	79

TERCERA PARTE

Vigil	83
Instrucción Católica	98

FONDO DE CULTURA POPULAR

LIMA - PERU

PQ8497. G6P3 1966 V1



a39001



004162296b

1/68
79-1

